

ETCETERA

correspondencia de la guerra social

40

Acerca de la Historia

**Consideraciones sobre la Historia
Teoría negativa y teoría dialéctica de la
Historia
"Sobre el concepto de la Historia" de W.
Benjamin**

En esta época de guerra

**Bolivia entre la revolución y la utopía
capitalista
Barcelona. Las huelgas de alquileres de
ayer**

Correspondencia

**Historia y mitología: dos caras de la misma
moneda**

Hemos recibido...



Mayo 2006

Las ilustraciones de este número son de Vlady (Vladimir Kibalchich Russakov), pintor de la revolución social. Hijo de Liuba Russakov y de Víctor Serge, nació en Petrogrado en 1920, y corre junto a sus padres toda la aventura revolucionara, hasta llegar a México donde pudo dedicarse a su gran pasión: la pintura. A destacar su obra *Las revoluciones y los elementos*, mural de 2000 metros cuadrados que pintó entre 1973 y 1982, en la biblioteca Miguel Lerdo de Tejada (Ciudad de México). Murió en Cuernavaca el verano pasado. (Ver apunte biográfico en las últimas páginas)

Este texto puede ser reproducido en la
manera que se considere oportuna

Correspondencia: ETCETERA
Apartado 1363
08080 Barcelona
etcetera@sindominio.net
www.sindominio.net/etcetera
Publica: ETCETERA
Dep. Legal B-28358/85

La historia aprendida, la que conocemos, es en su mayor parte la historia contada desde el Poder, que narra a su manera aquellos acontecimientos que le convienen, ordenándolos según sus intereses, y ocultando aquellos que atentan a su reproducción. Acontecimientos que rompen la cadena de la dominación y que de desenvolverse marcarían otra orientación posible de la historia, en el sentido de desplegar lo que de más humano hay en el hombre y en la mujer, de desplegar lo que nos es común.

Queremos desaprender una historia para aprender la otra, la de la rebelión contra las distintas formas de poder, contra cualquier forma de explotación y de dominio, la de la libertad que desborda los cauces asignados por el amo. Y sin confundirla con la ideología, ni con la repetición crédula de cuatro verdades estereotipadas, ni con la nostalgia de un pasado mítico, ni con el mito del progreso.

De todo ello hablamos en este número de ETCÉTERA, donde consideraciones más generales hasta relatos concretos de esta historia que, cabezona, irrumpe una y otra vez y no deja silenciarse.



Consideraciones sobre la historia

Cosas a tener en cuenta cuando hablamos de historia

1. Podemos considerar la historia como un fluido de acontecimientos que se dan a lo largo del tiempo y que nosotros, a posteriori, organizamos dándole forma comprensiva: interpretamos. En nuestra interpretación de lo acaecido prima por tanto nuestra estructura comprensiva, nuestra mirada no ingenua y condicionada por múltiples instancias, que Marx, Freud y Nietzsche, los filósofos de la sospecha, en el siglo XIX, quisieron desvelar en los planos respectivos de lo económico, de lo inconsciente y de lo irracional. Marx subrayó la importancia de la economía para entender las relaciones que se establecen entre los hombres en la historia. Con el fetichismo de la mercancía, explicaba cómo en una sociedad donde los productos del trabajo humano adquieren la forma de mercancía, las relaciones sociales entre personas toman la forma de relaciones sociales entre cosas. Freud indagó en otra instancia para entender nuestro comportamiento y para entender el curso de la historia: más allá del sujeto cartesiano que cree dirigir conscientemente sus pasos, hay el sujeto del inconsciente, verdadero sujeto que rige nuestros pasos, que estructura nuestro deseo y que se manifiesta en el síntoma y aflora en el fantasma. Para Nietzsche la comprensión de la historia es trágica: una fuerza irracional, dionisiaca mueve el transcurrir histórico. Para él, la historia no puede conocerse y, por tanto, tampoco cambiarse. Contra Sócrates, para quien el pensar es capaz no sólo de conocer sino incluso de corregir el ser y de corregir el mundo por medio del saber, Nietzsche toma partido por Homero, por la Grecia heroica.

2. La importancia de Marx es que supo realmente explicar el mundo en el que vivía. Puso al descubierto aquello que, aún siendo evidente, nadie había sabido ver; pues lo evidente es en muchas ocasiones lo más oculto, lo que nos es más desconocido a pesar de tenerlo delante de nuestros ojos. “El programa de Marx es el de una historia consciente(...) La historia que se ha vuelto real ya no tiene fin(...) La crítica de la economía política es el primer acto de este fin de la prehistoria.”(...) “Lo que liga estrechamente la teoría de Marx al pensamiento científico, es la comprensión racional de las fuerzas que se ejercen realmente en la sociedad. Sin embargo, esta teoría es fundamentalmente un ‘más allá’ del pensamiento científico, donde éste es conservado únicamente en tanto que se lo supera: se trata de una comprensión de la lucha, y de

ningún modo de la ley. ‘Conocemos una sola ciencia: la ciencia de la historia’, dice la ‘Ideología Alemana’ (G. Debord). Esto es lo que hace que Marx no pueda ser ni obviado, ni olvidado. No la ideologización de su teoría, sino la capacidad de pensamiento y crítica que tuvo y que le permitieron explicar el funcionamiento de un mundo en el que aún vivimos.

En su interpretación de la historia, Marx subrayó la importancia de lo económico, la importancia que tienen la producción y la división del trabajo para entender el tipo de sociedad. Su concepción de la historia viene diseminada en todos sus escritos, pero aunque el texto más conocido (y también el más manipulado) sea el del prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política* de 1859, quizá sea en el pasaje I Feuerbach* de *La Ideología Alemana* de 1846 donde más claramente se expresa su concepción materialista y crítica del mundo. Marx entendió la historia como lucha de clases, lucha que se desarrolla según el actuar voluntario y consciente de los hombres y no regida, por tanto, por un ya determinado patrón a seguir. Esta concepción de la historia fue reducida por sus epígonos a un puro determinismo económico, la famosa infraestructura que determinaría en última instancia el quehacer histórico dejando pues sin lugar a la voluntad revolucionaria que puede precipitar el curso de los acontecimientos. Lo que para Marx era un “hilo conductor” para entender el curso de la historia pasará a ser con Engels “la concepción materialista de la historia” verdadero descubrimiento de Marx, dirá Engels, comparándolo con Darwin descubridor de la ley que regía la evolución indefinidamente progresista de las especies. Si es cierto que los escritos de Marx sobre los sucesivos modos de producción, desde el comunismo primitivo hasta el comunismo que el proletariado puede y debe llevar a cabo, pueden dar pie a una lectura progresista y teleológica de la historia, su consideración del comunismo no como teoría a realizar sino como el movimiento real que suprime las condiciones existentes y suprime las clases mismas (autonegación del proletariado), y el conjunto (inacabado) de su obra lo alejan del reduccionismo mecanicista al que el marxismo, verdadera ideología del siglo XX, lo ha encerrado. Hegel ha ganado pues la partida a Marx, o como dice Maximilien Rubel¹ la ausencia de Marx es la presencia de Hegel.

3. En nuestra interpretación de los hechos prima nuestra estructura comprensiva. Nuestra mirada no es ingenua, está atrapada en nuestro universo simbólico en el que concurren ideas, intereses, imaginaciones, deseos, fantasmas... que volcamos en nuestra interpretación de los hechos, y que orientan esta mirada. No tenemos otro

¹ Para ver la aportación de Rubel a una lectura de Marx, ver: Maximilien Rubel, *Marx sin mito*. Octaedro, 2003

acceso a los hechos que a través de esta mediación simbólica, aunque con ella se cuelen intereses y deseos. Nuestra percepción de las cosas y de los acontecimientos es lo que determinará nuestra comprensión y nuestra acción, nuestra teoría y nuestra práctica. Los fenómenos que apercibimos dependen de la construcción de nuestro ser, aunque esto no quiere decir que los hechos y las estructuras sociales sean meras creaciones de nuestro espíritu sino realidades existentes. Subrayar la importancia de lo simbólico no es negar la realidad de los acontecimientos, diluyéndolos en un puro subjetivismo: las cosas que pasan son unas y no otras y para entenderlas es importante el punto de mira, y hay puntos de mira mejores que otros, y hay hechos que dan más soporte a una interpretación del pasado que a otra (Por ejemplo, la salida masiva a la calle de los obreros tomando la ciudad el 19 de Julio en Barcelona da más soporte a una interpretación que ve en aquella fiesta un gesto revolucionario que a otra que sólo ve una mera reacción a la provocación fascista).

4. Si nuestra interpretación de los acontecimientos es a posteriori, el significado le viene después. A diferencia del animal cuya relación con el mundo es inmediata, a través del instinto, nosotros necesitamos de la mediación y esta mediación se hace a través del lenguaje, es simbólica. El pasado es siempre interpretado y tal interpretación contiene una visión, o una idea del futuro. La pretendida objetividad de los hechos, el fácil recurso al pasado para justificar cualquier cosa, puede esconder lo más ideológico y puede servir para defender las tesis actuales más opuestas.

Es manifiesta la dificultad del acceso al pasado, tanto a nivel personal como colectivo. Freud con su hipótesis del inconsciente y el Psicoanálisis nos muestran lo difícil del acceso a nuestro pasado, a nuestra historia personal. Igualmente, a nivel colectivo nuestra experiencia nos muestra la dificultad del acceso al pasado. Los cambios de paradigma de una época a otra y el consecuente reconocimiento del error en nuestras interpretaciones del pasado... nos dan a entender la dificultad de saber sobre este pasado. Para entender el presente, conocer el pasado no es pues un recurso fácil; es más bien desde el futuro que entenderemos el presente. No podemos entender el presente sin criticarlo y esta crítica viene del futuro, se hace desde un posible, no utópico, a construir en el presente. Futuro entendido como dimensión del presente que lo abre a lo posible, a lo posible en la historia, no más allá, fuera de este mundo. Futuro entendido como lo por venir que cuestiona el presente, lo ilumina al criticarlo y lo abre a la historia, a nuestra historia, a la historia que el poder al escribir la suya nos niega, ya sea ocultándola o escenificándola, según las distintas fases de su dominación. En la actual fase de dominación las conjuga, aunque predomina la escenificación.

5. Parece ser que la historia narrada –y dentro de ella sobre todo el historicismo– siempre busca un sujeto, un o unos protagonistas que la realizan. La historia contada,

es siempre una historia realizada por unos protagonistas, esa es “su” historia. Esta historia es incapaz de narrarse sin protagonistas, sin el “sujeto” que la impulsa y protagoniza. Este “sujeto” pueden ser los reyes y su acrópolis, los sacerdotes y su templo, ambos impulsando la agricultura, la ganadería, el comercio y la guerra y lo que es más importante forzando a trabajar a muchos como esclavos para el beneficio y disfrute de unos pocos; o las esclavistas polis y su democracia de los amos libres; o los imperios esclavistas y colonizadores y sus hazañas y la clase burguesa que inicia este sistema capitalista que hasta ahora se desarrolla y arrolla; y con ella su Razón, su Nación, su Estado y su Espíritu... Para algunos el último “sujeto” protagonista debía de serlo el proletariado... Todos coinciden en una historia, no como cosa de la humanidad en la naturaleza, sino de un sujeto histórico que la impulsa y la realiza contra la naturaleza. La dominación de la naturaleza es la razón de la historia de los hombres: de la sociedad humana jerarquizada y sus civilizaciones, es su lucha y su imposición sobre ella la que les permite mejorar y progresar técnica y económicamente.

Este último sujeto englobaba a unas masas (a una “multitud”), a las que se quería uniformar; el proletariado como clase admitía pocos matices y ninguna individualidad (voluntad individual), representaba, para algunos, la esperanza de definir y encontrar un todo del que se esperaba actuaría al unísono, con una sola voz o bajo una sola voz, y como un solo actor. Hay rasgos de perversidad en esta esperanza uniformadora que pronto también se demostraría falsa y se tornaría brutalidad totalitaria bajo el capitalismo de estado y su ideología. Tan totalitario era el afán y el ansia del Estado que se pretendía dictadura del proletariado, como del Estado nacido del directorio de la burguesía triunfante, cuyo desarrollo dará lugar a este Estado democrático del Capital que nos domina.

La historia contada desde el Poder.

6. La Historia está ineludiblemente unida a la escritura. Es desde la invención de la escritura, que permite la inscripción permanente de la Ley y de la Historia, que podemos seguir la crónica del Poder, de las muchas dominaciones y, por lo tanto, de demasiados sometimientos y servidumbres.

Es evidente que el desarrollo de la escritura corre pareja al desarrollo del Estado y de las técnicas de dominación. Es en este trayecto, desde que el Estado empieza a escribir hasta ahora, en el que podemos observar los diferentes cambios y progresos en dichas técnicas de dominación, y al reconocer las diferentes variantes y adaptaciones de las estructuras de ese Poder impuesto, se puede constatar lo brutal de esta línea de muerte que señalan las diferentes “transmigraciones del Espíritu del Estado”.

La tradición oral que explicaba las aventuras, avatares y logros humanos, no significaba un método suficientemente fiable y seguro para el Poder. Por un lado, la

narración oral podía ser objeto de constantes variaciones según donde y quien narrase, y por otro, la inmediatez de lo oral nos remite al presente verificable o a un pasado reciente, lo que implica la posible existencia de testigos directos que contrasten lo narrado. Esta falta de uniformidad de la tradición oral hace que la narración siempre esté abierta, permitiendo tantas versiones como narradores.

El Poder se quiere eterno y tiene la necesidad de presentarse como tal: como lo que siempre ha estado ahí, como lo que es natural. Por ello tiene la necesidad de contar uniformemente la misma historia y de la misma manera, subrayando esto y olvidando aquello. La escritura facilita la fijación de la ley y de la historia para la eternidad, para siempre, por ello los primeros “documentos” del derecho y de la historia están inscritos en dura piedra, para facilitar y lograr la repetición de la misma ficción, de la misma leyenda: la del Poder. El Poder se impone brutalmente, por la fuerza y la violencia, y aunque quiere ser recordado por eso y recordárselo permanentemente a sus súbditos, a los oprimidos, tampoco quiere ser recordado únicamente por ello, de ahí que una vez institucionalizado, es decir, cuando ya ha logrado establecer un Estado de Derecho, tenga la necesidad de fijar su leyenda, al igual que antes tuvo la necesidad de fijar sus castigos y sus leyes para que todos las acatasen. Esta es la historia escrita, la que quiere contar para siempre la leyenda fijada por el poder. También el arte, la arquitectura, el urbanismo, etc., serán otros lenguajes del poder, que se sustentan en su deseo de controlar y perdurar eternamente.

7. Ese querer eterno del Poder le hace mostrarse con un sentido histórico de continuación, lo que hay es lo que tiene que haber, pues “el continuum histórico es tiempo homogéneo y vacío” (Walter Benjamin. *Tesis de filosofía de la historia*). Los historiógrafos plantean una imagen eterna del pasado, pues con ello pretenden conseguir una imagen eterna del presente y del futuro, lo que hay es lo único que puede haber, todo lo demás está fuera de lugar. La historiografía tiene un sistema o procedimiento aditivo que proporciona una suma de hechos, acontecimientos y personajes para llenar ese tiempo homogéneo y vacío.

Por el contrario, “la conciencia de estar haciendo saltar el continuum de la historia es peculiar de las clases revolucionarias en el momento de su acción” (W.B.). Estos son los momentos que a nosotros nos han de interesar: cuando los desesperados en su acción han hecho saltar por los aires la “historia continua” del poder y la luz de semejante explosión deja ver su propio protagonismo en acción. Este conocimiento, quizás nos permita entrever cómo es y cómo se encuentra nuestra conciencia de oprimidos en el presente, y si aún recordamos que “existe una cita secreta entre las generaciones que fueron y la nuestra” (W.B.). Cita capaz de interrumpir el continuum histórico.

8. La historia que realizan los especialistas en la academia, es como unas anteojeeras puestas en la mirada de los historiadores que les obliga a mirar permanentemente algo del pasado. “Científicamente” nos narran lo que pasó en un tiempo pretérito. Pero la narración siempre tiene mucho de inventiva, de interpretación, nos narran el pasado según su gusto e interés y escogiendo a sus protagonistas.

¿Quiénes son los protagonistas de la historia para la, mayoría de los historiadores? el Poder y los poderosos, sus instituciones y sus burocracias.

9. La historiografía y todas las corrientes historicistas modernas, se empeñan en pretender explicar la historia de la humanidad como una constante y continua línea de progreso ascendente, cuyo máximo punto se alcanza con la Ilustración y la toma del Estado por la burguesía. El Capital, entonces, se establece «como la patria de los derechos del hombre», «como la mejor democracia y el único lugar donde mejor se puede ejercitar la libertad en el mundo». El progreso —o eso nos cuenta su leyenda—, en todos sus niveles, pero sobre todo económico y técnico, nunca había conocido un desarrollo tan grande como en la actualidad. Es más, según esta leyenda, es el progreso económico y técnico el que garantiza el progreso humano en general. A esta línea se han unido todas las fuerzas políticas (partidos y sindicatos de cualquier matiz e ideología) y todas aquellas voces que pueden balbucear algo públicamente para la gran masa informe, todos dicen lo que hay y toca decir, pero su voz única “reconoce únicamente los progresos de dominio de la naturaleza, pero no quiere reconocer los retrocesos de la sociedad”(W.B.).

10. La historia contada desde el poder es la historia del progreso, que arranca precisamente con la burguesía, clase ascendente que elabora la ideología del progreso, eliminando de su comprensión histórica todos aquellos obstáculos (trabajo esclavo, todo aquello que hay de catastrófico y no puede contarle como natural...) que entorpecieran su concepción lineal ascendente, con sentido hacia un fin. La burguesía confunde el progreso del capital con el progreso de lo que de humano hay en la mujer y en el hombre, llamando progreso a su progreso, a su guerra contra la humanidad.

Esta ideología progresista elaborada en los siglos XVIII y XIX por una clase en ascenso y que las corrientes socialistas hicieron también suya, es hoy apenas discutida. Aparte de la inagotable crítica de Nietzsche, sí hay, por el contrario, una crítica reaccionaria, es decir hecha desde una exaltación del pasado, a la ideología del progreso, que se hace a caballo de la crítica al mundo moderno. Es la que encontramos por ejemplo en Bernanos, en *La liberté pourquoi faire*, o *La France contre les robots*, o en el Péguy de los *Cahiers de la Quinzaine*, círculo del que era asiduo Georges Sorel. También en Sorel, *Les illusions du progrès*, escrito en 1908, encontramos la crítica del progreso

junto a la crítica apasionada, más moral que intelectual, de la democracia liberal, desde una posición antiintelectualista que toma partido por la voluntad contra la razón, y, con Nietzsche, también por Dionisio contra Apolo, por la Grecia heroica de Homero contra Sócrates. Antiprogresista es también la posición de Bordita a caballo del anticapitalismo, e igualmente antiprogresista es la lectura que hace, también desde el anticapitalismo, Bruno Rizzi, en *La Burocratización del mundo*. Una importante crítica a la lectura progresista de la historia, esta vez desde posiciones próximas al neoprimitivismo, la encontramos en Fredy Perlman en su libro *Against History, Against Leviatan*, donde traza la historia de la bestia artificial, que Hobbes llamará *Leviathan*, desde el estado salvaje (el estado de naturaleza que todavía existía en Sumer) hasta el estado “superior” de civilización, al mismo tiempo que da cuenta de las resistencias a tal progreso de deshumanización.

Nuestra crítica a la lectura progresista de la historia, hoy mayoritaria en lo que, simplificando, podríamos llamar la izquierda en un amplio abanico, desde el socialismo al anarquismo, no puede fundamentarse en el pasado sino en el futuro, este futuro no utópico y que abre la historia a un por venir que no es mera proyección de la realidad actual, y tampoco puede nuestra crítica, agotarse en las distintas formas de irracionalismo. Ni fe en la razón, ni antirracionalismo. Salir de la ideología del progreso sin caer en la nostalgia de un pasado idílico (por otra parte igualmente atroz) es necesario para orientar nuestra mirada y hacerla capaz de ver en lo acaecido y en lo que acaece la historia de aquel resto no manejable desde el poder, que no ha podido ni ocultarlo ni escenificarlo, ni integrarlo, ni recuperarlo.

Nuestra mirada de la Historia.

11. La Historia, la conceptualización de lo vivido y de lo que se vive, de lo realizado y lo que se realiza en este mundo donde habitamos, nos debería permitir conocer la realidad en la que estamos, es decir, lo que es este mundo y lo que hay en él, donde estamos y cómo estamos, qué hacemos y cómo lo hacemos.

La Historia que pretendemos no puede estar solamente basada en el pasado. Conocer el pasado tan sólo puede tener sentido si su conocimiento ayuda a iluminar el presente, al tratar desde el acontecer de nuestro hoy de aprehender de las experiencias tenidas por aquellos, que como nosotros, estando bajo la fuerza del dominio de una clase en el poder, lucharon para deshacerse de dicho dominio y así buscar un afirmarse en su dignidad de personas humanas libres. Ayudarnos a comprender cómo y por qué han organizado el mundo de esta forma y como sobrevivimos en él.

12. El propósito hipócritamente proclamado por los historiadores de “mirar con pureza el pasado”, más que difícil es imposible.

El pasado no puede ser visto como un acontecer fijo e inmóvil, al que nos acercáramos desde un imparcial presente para que nos aportara su conocimiento. Por el contrario, nuestra visión crítica del presente nos ha de servir como punto de fuga que nos permita la perspectiva necesaria para tratar de saber del pasado aquello que nos interesa. El objetivo ha de ser traer a nuestra conciencia, al saber de sí mismo, estos elementos olvidados y reprimidos del pasado: la barbarie realizada por las civilizaciones y sus culturas y los sueños tenidos e intentados llevar a la práctica por los desheredados, por los pobres. Esto ha de ayudarnos en nuestra posición crítica del presente, así nos aportará la experiencia de aquellos que padecieron en la sociedad una situación análoga a la nuestra, la de estar sometidos, y que no se conformaron con su suerte. Es en este presente en el que tenemos que buscar ese Tiempo-Ahora, ese actuar que sea capaz de interrumpir “el continuum histórico que es tiempo homogéneo y vacío” (W.B.), para dejar brillar con tal interrupción el tiempo pleno de la experiencia.

13. Aquello que la mayoría de historiadores olvida es seguramente lo más importante para nosotros. Este es el pasado cuya comprensión nos iluminará para tratar de comprender el presente en el que nos encontramos. Pues este presente, es el único en el que viviremos, no podemos vivir ni en el pasado, ni del pasado y el futuro está por venir. El único calendario sobre el que nos desenvolvemos es el de nuestra biografía y a él nos hemos de remitir

14. Si la historia escrita es generalmente la historia escrita desde el Poder, escribir contra el Poder será pues escribir contra esta historia, y no por su perpetuación. Gracias a la memoria podemos hacer este ejercicio de olvido, de desaprender para aprender otra cosa, para entender lo callado, lo silenciado, lo reprimido que nos llega a nuestro conocimiento y con lo cual nos reconocemos como parte de nuestra humanidad, como aquello que hay de más humano en nosotros y que atraviesa todo el devenir histórico, aquel resto no manejable por el Poder, antes mencionado

15. Escribir la historia de este resto es anotar la historia de las resistencias al Poder, la historia de aquello que el Poder ha silenciado, ha aplastado, aquello que no ha podido recuperar, aquella vida que a lo largo de los tiempos escapa a su dominación. Todas las resistencias a esta dominación que encontramos ya en Sumer, cuando en Erech el jefe del lugar osó decir a una anciana donde no debía plantar las semillas, y al día siguiente aparecía muerto. O cuando en las provincias más pobladas del centro y del sur de China, los T'ai-p'ing, con el proyecto de construir una comunidad igualitaria, derrotaron a los ejércitos imperiales durante trece años, desde 1851 hasta 1864. O cuando en la pampa argentina cuatro mujeres prostitutas se negaron a tener relaciones sexuales con los soldados que acababan de asesinar a los obreros de las

estancias en las huelgas de la Patagonia en 1921. O en la que podríamos llamar la primera huelga general, en Egipto durante el reinado de Ramsés II. O en la huelga de esclavos negros en Mesopotamia. O en Roma con la rebelión de los esclavos. O en las revueltas campesinas en la Europa del siglo XVI. O en todas las resistencias a la industrialización y a la mercantilización en los siglos XIX y XX llevadas a cabo por los proletarios, ya más conocidas.

Anotar en todo este transcurso y en todas las partes de la tierra estas resistencias, estas rebeliones en ellas mismas, sin proyectarlas ideológicamente en una trama teleológica, que las vacía de su radicalidad y las disuelve en una perspectiva progresista.

16. Todas las revueltas o rebeliones inacabadas que se han producido hasta ahora, en diversas partes y tiempos, se nos presentan como la doble cara de Jano. Por un lado, en el espíritu de la revuelta está inscrito esa cara que mira solamente hacia delante, en ella se refleja la esperanza y la ilusión de muchos seres humanos por otro posible existir, por un porvenir radicalmente diferente. Por otro lado, ante una tentativa revolucionaria, el Poder —los que tienen el Poder y los que aspiran a tenerlo— desencadena la contrarrevolución y con ella tratan de volver al estado anterior. Esta es la otra cara, aquella que mira hacia atrás y de la que surge un fortalecimiento de las instituciones, jerarquías y burocracias.

17. En el sistema capitalista actual, sobre todo en los países más poderosos del centro del Capital, la propaganda y la potente voz publicitaria de los media y de los intelectuales que en ellos escriben, muchos de ellos ocultos tras la máscara de la radicalidad, consiguen que depositemos la esperanza y la ilusión en el mismo Poder capitalista, en la magnanimidad de sus burocracias e instituciones, en su Estado y en su Democracia, en su posible y mínima reforma, es decir, en el estado de cosas actual, retocando algo para que todo siga igual... La modernidad es la repetición constante de lo mismo en lo nuevo.

Los que sufrimos este Poder, “su poder”, quizás no lo entendemos lo suficientemente bien para explicarlo detallada y completamente en todos sus pormenores, hay mucho de oculto, de secreto, de no descubierto por la mayoría que lo soportamos, mucho es lo que nos es negado. Ahora bien, aunque no sepamos explicar la dominación y su Poder en este sistema capitalista, si nos han enseñado y hemos aprendido a reconocerlo, a reconocer sus órdenes, sus voces de mando y a saber cuales son nuestras obligaciones, nuestros deberes, en este “su” mundo, y a saber el lugar que en él nos toca ocupar. Es decir, sin llegar verdaderamente a conocerlo, reconocemos su autoridad, esto es lo único que de él sabemos y esto es lo único que al Poder del Capital le interesa que sepamos, reconocerlo como poder sobre nosotros.

Sólo es amo aquel que es reconocido como tal por el siervo, que a su vez se reconoce como lo que ha llegado a ser, el servidor de otro.

18. Pero el Poder visible del Capital, además de querer presentarse como continuación histórica para así legitimarse (no hay que olvidar que la burguesía y el capitalismo tienen poco más de 200 años en el poder del Estado) y poder mostrar su tiempo histórico homogéneo y vacío, es decir, ininterrumpible e irreversible, también ha sabido adaptarse a las nuevas necesidades. Ha sabido organizar un poder político visible (en el que se encuentra el Estado y demás burocracias) que como cualquier pieza de la cadena automática de montaje, cualquiera de sus elementos es fácilmente sustituible e intercambiable entre las diferentes opciones que públicamente presenta. Tras este poder político público (partidos, sindicatos, iglesias, ongs, fundaciones, lobbys, etc.) que no es de ficción y que está interconectado con el Estado de diversas maneras (sobre todo a nivel monetario), se esconde el verdadero Poder del dinero y del Capital. Y de ese poder y de ese dinero saben aquellos que lo tienen, que no es eterno y que a la fuerza lo han de mantener y aumentar, por ello se muestran tan violentos en todas aquellas ocasiones en que la acción consciente de la clase revolucionaria, de los pobres y oprimidos en lucha, pone en peligro su continuación histórica, su establishment, entonces toda su brutalidad se desboca y no hay límite para su violencia, sólo el de restablecer su Estado de Derecho.

Un momento presente. París, 2005-2006

19. En las recientes hogueras de las ciudades francesas, vemos iluminados destellos de una historia sin “sujetos”, ni protagonistas. Los que somos anónimos, aquellos de los que jamás se espera que seamos protagonistas de nada, con esos fuego y con su luz vemos iluminar esta oscura historia que no desea, ni se preocupa de mirarnos, para la que estamos olvidados, siendo, a lo máximo, una amorfa y abstracta cifra para sus controles estadísticos. El fuego desecha las tinieblas y nos permite ver una realidad miserable y brutal, la oculta realidad de esta sociedad del Capital.

Con esta metáfora del fuego no pretendemos rehuir o simplificar el análisis social que tales hechos exigen, como tampoco mitificar la violencia de un movimiento complejo que a la vez que rechaza esta sociedad vehicula su misma ideología (consumista, machista...), sino ver con más claridad: la realidad de un racismo encubierto en las actuales relaciones sociales, la exclusión del “segmento” de la población no necesario a la producción y al mercado, la mentira de una República que tiene por lema la “igualdad”.

Detrás de estos fuegos no hay “ni jefes ni programas, ni banderas ni proyecto”, y es precisamente esto lo que tanto asusta a los periodistas, a los burócratas, a los intelectuales y a estos petulantes políticos, mezquinos personajes siempre en busca de un chivo expiatorio. Esta es la única verdad que repiten extrañados sin comprenderla todos estos publicistas en los diversos medios: no hay jefes ni representantes visibles de nadie. (Sólo con Nadie es con quien los políticos y burócratas pueden hablar y Nadie les escucha). No hay, por lo tanto, ni programa político que permita y posibilite negociar para retocar algo, pero sin tocar nada esencial.

Estos fuegos no pretenden presentar protagonistas, tan sólo gritan, que es mucho, la rabia de los que se saben despreciados y usados por esta sociedad tan jerárquica como elitista. Y para gritar la rabia no son necesarios ni consignas, ni protagonistas, ni políticos, ni discursos, si acaso algo de música.

Este fuego es la palabra de aquellos que sabiéndose sin posibilidad para hacer oír su voz, la toman ya. Poniendo al mismo tiempo al descubierto, la mentira que hay tras la propaganda del discurso oficial que machaconamente se nos repite en los medios, en las entrevistas a la prensa, en las cátedras, en los muchos parlamentos, por políticos y burócratas, por asistentes sociales e intelectuales. Estos fuegos son la luz que ilumina los múltiples rostros de aquellos que se saben condenados por esta sociedad.

Esta revuelta, en el centro del capitalismo, que no es un hecho nuevo —hechos similares, con distintas características y expresiones, se han repetido periódicamente en Europa y América—, es un mostrarse. Aquellos que jamás son vistos, que la sociedad ignora y excluye, muestran su cólera y su hartazgo. Están hartos de sobrevivir en estos guetos que son estos barrios para pobres; de ser llamados continuamente al consumo, sin poder tener dinero para consumir. Hartos de sufrir la escuela, con sus mentiras, su disciplina y su aburrimiento; de tener que resignarse al funcionario de la oficina del paro y al asistente social. Hartos de tener que soportar continuamente la presión de la policía y la amenaza de la cárcel..

Gritan su rabia y su odio a esta sociedad de la abundancia de mercancías pero que les niega todo. Que les incita al consumo pregonándolo como su única máxima, mostrándoles continuamente mediante la publicidad y la propaganda todo aquello que no pueden tener —si no se tiene dinero—, pero que sin embargo está ahí gritándonos tomadme. Una sociedad así, en la que no se puede sobrevivir sin dinero y que niega a la mayoría aquello que exige como imprescindible para poder sobrevivir, dicen, merece arder. Más que arder, desaparecer diríamos nosotros precisamente porque está basada en el dinero. Con su revuelta ellos señalan también nuestra inmovilidad. Su insatisfacción es en la práctica más intransigente que nuestra crítica.

Algunas revueltas sociales en ciudades del centro del capitalismo:

- 1965. Los Angeles, en el suburbio de Watts. La brutal detención y apaleamiento por la policía de un joven negro de 21 años, desencadena diez días de motines y 34 manifestantes muertos.
- 1968. Grandes revueltas en Europa (primavera de Praga, Mayo francés...) y en América: en EEUU grandes movilizaciones, amplio movimiento estudiantil en México que termina con más de 200 personas asesinadas por el ejército en Tlateloco (la plaza de las Tres culturas).
- 1976. Soweto en pleno apartheid sudafricano. En una manifestación de escolares que protestan contra la imposición del gobierno de tener que aprender el afrikánder, la lengua de la minoría blanca, la policía mata a un niño de 13 años. Estalla una revuelta generalizada que se prolonga durante varios días y en la que la policía matará a 23 personas.
- 1981. Brixton, el gobierno de M. Thatcher ordena a la policía atacar a la población antillana e india; se producen largos días de enfrentamientos con 9 muertos y más de 50 heridos graves entre los agredidos.
- 1992. Los Ángeles, en el barrio de South Central la policía propina una brutal paliza a un automovilista negro. Al grito de “No puede haber paz sin justicia” se produce una revuelta durante la cual la policía mata a 55 manifestantes y dejará más de 2000 heridos.
- 2006. Francia, dos jóvenes mueren electrocutados tras una persecución policial. Se desatan disturbios en muchos barrios de varias ciudades francesas. Cuando finalizan, hay 4402 jóvenes detenidos, de los cuales un centenar son menores, 562 son encarcelados y 422 condenados, en juicios rápidos, a penas de prisión en firme.

Esta historia sin protagonistas ha vuelto a aflorar ahora en Francia (marzo-abril 2006), en el movimiento de protesta de los estudiantes y jóvenes contra una ley que pretende precarizar aún más la actual precariedad del trabajo: el Contrato de Primer Empleo, contrato laboral para jóvenes, que permite el despido libre durante los dos primeros años.

Más allá de lo espectacular y mediático (los media siempre a la búsqueda de anécdotas y de protagonistas para ocultar o tergiversar el movimiento real...) y del papel que dicen jugar los sindicatos (en verdad ya casi residuales más allá de la pantalla), el peso de la

protesta ha recaído en los jóvenes estudiantes, en sus asambleas de escuela y universidad, en la coordinación de tales asambleas.

Medios de comunicación y sindicatos al lado de los políticos (cada uno a su manera y a tiempos diversos) para hacer tragar la dura ley del mercado que exige dismantelar lo que aún queda de “Estado del bienestar” arrancado al capital durante un largo periodo de luchas obreras, presentando tal dismantelamiento (con la figura del trabajo precario como algo insuperable) como un hecho natural, como la lluvia, como algo que se nos viene encima, imparable, como una plaga, y ocultando así su naturaleza económica y social ligada necesariamente a un modo de producción, capitalista; y engrandeciendo, por otra parte, lo anecdótico (que si los casseurs, que si los violentos...) para ocultar la realidad y la dirección de un movimiento que por el momento ha conseguido parar esta ley. Ha tenido fuerza para ello pero le hará falta mucha más fuerza para parar las leyes que vienen ahora... derivadas de este modo de producción capitalista. Y saben, han aprendido durante estos días, que sólo cuentan con su fuerza: no hay otros protagonistas. Sindicatos, políticos y media están en frente.

La memoria histórica. Barcelona 1936

20. Desde distintos ámbitos es cada vez mas recurrente hablar de la memoria histórica, rescatar del olvido personas y acontecimientos que el actual poder fáctico, aquí, tergiversa y silencia. Desde la izquierda socialista, comunista y anarquista se exhorta a recuperar esa memoria, aunque se trate de cosas distintas para cada una de estas posiciones. Para unos, hoy más cerca o ya en el poder, con tal reivindicación pretenden recuperar hechos y personas del pasado inmediato, de lo que llaman la guerra civil y no revolución social, para sacarle hierro, para endulzarlo, para ocultar su radicalidad crítica, sin compromisos: recuperarlo para su interés que no es otro que el de proseguir en el ejercicio del poder. Para otros, ya en el ámbito libertario, se trata precisamente de lo contrario, recordar aquellos hechos y personas que plantean la crítica radical al poder actual o simplemente al poder. También aquí, empero, se trata muchas veces de recuperación. Con la reivindicación de la memoria histórica, sin más, se pasa fácilmente por alto las contradicciones que se dieron a lo largo de los hechos mismos que quieren recordarse, las discusiones y las diferencias de posiciones en la misma línea, en la misma organización y en la misma trinchera. Sin pretenderlo, se refuerza una mitología y se disuelven las contradicciones y los posicionamientos más críticos que se dieron en aquellos años 1936, 1937... La ideología se vuelve a colar por la pretendida evocación de los hechos.

Mejor sería pues volver sobre aquellos hechos, pero, contra esta memoria -que no hace sino repetir consignas y mitos por una parte, o que, por otra, intenta claramente sacar mordiente a lo que aún muerde, y pasar página-, hacer un esfuerzo de

desaprender lo sabido ideológico, ver el papel jugado por las organizaciones, los militantes, los “incontrolados”, y subrayar de nuevo las discusiones y divergencias que se dieron durante aquellos acontecimientos, cuestiones aún vigentes a pesar del manifiesto cambio de escenario después de 70 años.

La Barcelona de principios del siglo XX fue testigo de un movimiento social emancipatorio que poco tiene que ver con el movimiento social reivindicativo posterior al franquismo. Las luchas en las fábricas y en las calles de los obreros por sus condiciones de vida, en los años 20 y 30, se contemplaban en una perspectiva emancipatoria de revolución social, de cambio de sociedad, alimentada por el amplio asociacionismo obrero, y más en concreto por la CNT. Sin ello no se explicaría la explosión social de los días de julio de 1936. En este sentido pues podemos decir que el 19 de julio en Barcelona es más el inicio de una revolución social, o digamos más exactamente la aspiración de los obreros a su emancipación, que la simple respuesta a la provocación fascista. Al decir esto, no creemos mitificar una leyenda, ni sobre valorar la politización de las masas obreras barcelonesas y su grado de movilización, sino simplemente entender el período. Es cierto que la dimensión política de la guerra civil española ocupa casi toda la historiografía al respecto, y que faltan trabajos de historia social y económica, y trabajos sobre la vida cotidiana de los trabajadores y no solo de los militantes, trabajos que darían cuenta más exacta del grado de movilización del conjunto de los trabajadores; como cierto es también que tal inicio de revolución social se pierde enseguida en el frente antifascista, y sin que para ello tengamos que recurrir al trillado esquema de la traición de los jefes y de la capitulación de las organizaciones. Pero contra la tendencia que se va afianzando hoy de ver aquellos años como una guerra civil entre distintas tendencias, vaciándolas de su contenido de clase, nos interesa ver todo lo que pasó en aquel estallido revolucionario sin simplificaciones ideológicas o míticas.

Continúa pues abierta una interrogación sobre el desarrollo de los hechos en aquellos años 1936, 1937, 1938... desde el inicio de una guerra social que pronto se convierte en una guerra de frentes, en una guerra de frentes militar. Interrogación sobre la decisión de los dirigentes cenetistas de compartir con el gobierno republicano (Generalitat) el poder que la CNT había cogido en los primeros días al insurreccionarse contra los generales fascistas y tomar la calle el 19 de Julio, poder ahora compartido que poco a poco se les volverá en contra hasta llegar a mayo de 1937, cuando ya no hay base social para sostener lo conseguido en Julio. Sobre las discusiones y consideraciones de índole nacional e internacional que se dieron entre los militantes y dirigentes ante tales decisiones. Sobre los compromisos que la CNT va adquiriendo desde el gobierno compartido después de mayo, gobierno empeñado en el desarme de los trabajadores en la retaguardia y que provocará un amplio movimiento de detenciones que llevará a la cárcel Modelo a miles de libertarios entre mayo del 37 y

agosto del 38. Qué discusiones y enfrentamientos se dieron dentro de la misma organización. Y, ya más ampliamente, qué discusiones y qué delegación y qué sostén se dan por parte de la mayoría de trabajadores cuando se van alejando los primeros días revolucionarios, qué poder ejercen y qué delegan en las fábricas colectivizadas... Ver, sin mitificar, la amplitud de aquellas colectivizaciones y lo que en ellas podía haber de cambio revolucionario sin discutir el trabajo asalariado mismo. Interrogación que arroje luz sobre todo el proceso que conduce a la CNT a sostener al Estado republicano cuando éste desfallece en 1936 y en 1938, y arroje luz sobre la complejidad entre dirección, burocracia y base social, distinta y cambiante a lo largo de aquellos años, para explicar el triunfo de la contrarrevolución. Interrogación no idealista (donde todo es posible, fuera de las coordenadas político-sociales), sino engarzada en la dinámica de la lucha de clases.

Etcétera

* «Resumiendo, obtenemos de la concepción de la historia que dejamos expuesta los siguientes resultados: 1.º A un cierto estadio de la evolución de las fuerzas productivas, vemos surgir fuerzas productivas y medios de intercambio que, con las relaciones existentes, sólo pueden ser fuente de males, no siendo ya tales fuerzas de producción, sino más bien fuerzas de destrucción (maquinaria y dinero) e, íntimamente relacionado con ello, surge una clase condenada a soportar todos los inconvenientes de la sociedad sin gozar de sus ventajas, una clase que se ve expulsada de la sociedad y obligada a colocarse en la más resuelta contraposición a todas las demás clases, una clase que forma la mayoría de todos los miembros de la sociedad y de la que nace la conciencia de que es necesaria una revolución radical, la conciencia comunista, conciencia que, naturalmente, puede llegar a formarse también entre las otras clases, al contemplar la posición en que se halla colocada ésta. 2.º Las condiciones en que pueden emplearse determinadas fuerzas de producción son las condiciones de la dominación de una determinada clase de la sociedad, cuyo poder social, emanado de su riqueza, encuentra su expresión a la vez idealista y práctica en la forma de Estado imperante en cada caso, razón por la cual toda lucha revolucionaria está necesariamente dirigida contra una clase cuya dominación ha durado demasiado. 3.º Hasta ahora todas las anteriores revoluciones dejaron intacto el modo de actividad y sólo trataban de lograr otra distribución de esta actividad, una nueva distribución del trabajo entre otras personas, mientras que la revolución comunista está dirigida contra el *modo* anterior de actividad, elimina el *trabajo* y suprime la dominación de las clases al acabar con las clases mismas, ya que esta revolución es llevada a cabo por la clase a la que la sociedad no considera como tal, no reconoce como clase y que expresa ya de por sí la disolución de todas las clases, de todas las nacionalidades, etc., en el seno mismo de la sociedad actual. 4.º Para producir masivamente esta conciencia comunista y llevar adelante su causa misma, hace falta una transformación en masa de los hombres, que sólo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una revolución. Por tanto, la revolución no es sólo necesaria porque la clase dominante no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque sólo por medio de una revolución la clase que derriba logrará salir del cieno en que está hundida y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases».

K. Marx. *La Ideología Alemana*

Teoría negativa de la historia y teoría dialéctica de la historia

Entonces se verá que el mundo posee desde hace mucho tiempo el sueño de una cosa de la que basta tener conciencia para poseerla realmente. (Marx: Póstumos)

La historia pretende establecer el recorrido de la humanidad como un tránsito de la animalidad y el salvajismo al estado de civilización a partir de una concepción del devenir lineal, ascendente, racional y progresista. Sigamos brevemente este recorrido.

Naturaleza y civilización

Para la «civilización» la idea del Hombre es por sí misma una expresión de la distancia respecto del animal, la naturaleza es su antítesis. Aquello que la civilización ha conquistado es fruto de la dominación de la naturaleza y del cuerpo, de su desmembración del hombre.

La civilización se ha distinguido al separar el cuerpo del *espíritu*¹; en la escisión de la vida en espíritu y en su objeto. Ese objeto es la naturaleza dominada sin fin. La naturaleza será valorada por la maquinaria social de dominación como la antítesis de la sociedad. La naturaleza será basura y descomposición. Su recuerdo nos debe trasladar a un estado inferior que representa la bestialidad (la serpiente), la negación del espíritu, el instinto, la carne... A efectos del proceso civilizador, la naturaleza es un objeto que ha sido desplazado convenientemente, está afuera y abajo. De esta separación se desprende la relación mutilada con el cuerpo, el cuerpo abajo, el alma arriba. La transformación del cuerpo en cosa inerte forma parte del proceso en que se ha reducido la naturaleza a materia primera. El cuerpo como lo inferior y sometido es a la vez deseado como prohibido, es un tabú, la sexualidad es lo muerto que revive, Eros que resurge de Thanatos.

El dominio de la naturaleza será reproducido en el interior de la humanidad. Hombre y mujer no tienen, sin embargo, la misma participación en la formación de la

¹ El espíritu, se refiere en un sentido amplio a lo inmaterial. A lo largo de la antigüedad se va configurando como aquello que «no es naturaleza» o que lo es de un modo *distinto*. Se convierte, con el cristianismo, en sustancia inmaterial totalmente incorpórea, cuyo máximo grado de perfección es Dios, uno de cuyos nombres es el «Espíritu Santo». Para los ilustrados estará ligado a la razón, y su desarrollo sometido a la «Luz» lo liberará de la oscuridad, los prejuicios y la superstición.

civilización, la mujer no «produce» sino que cuida a los productores². La división del trabajo impuesta históricamente por la dominación patriarcal, que acentúa la separación entre el placer y el trabajo, relega a la mujer en su función biológica como imagen de la naturaleza³ en cuya opresión la civilización representará su esplendor. La civilización será el nuevo cercado del animal separado, es la victoria de la sociedad naturalizada como un todo sobre la naturaleza.

Tiempo cíclico y tiempo lineal

El hombre primitivo vive en un permanente presente y en un perpetuo retorno. La mimesis⁴ es la rebelión contra el tiempo concreto, el retorno periódico al tiempo mítico de los orígenes, la repetición del tiempo cíclico. Por esa repetición el hombre es proyectado a la época mítica que pretende la abolición del tiempo profano, de la duración y de la historia. El hombre soporta difícilmente la historia, el sufrimiento equivale a la historia y la conjura mediante un regreso continuo...

Yahvé⁵ es una personalidad que interviene sin cesar en la historia. Los profetas bíblicos (la elite religiosa) interpretan los acontecimientos como revelaciones de la divinidad, efectúan las profecías que son validadas por catástrofes. Así, por primera vez los profetas valoran la historia, consiguen superar la visión del ciclo y descubren un tiempo de sentido único. Los acontecimientos históricos obtienen una significación religiosa, tienen un valor en sí mismos.⁶

El monoteísmo, el más antiguo patriarcado que transformará los tabús en máximas civilizadoras, se funda en el mesianismo, en la salvación escatológica del tiempo (el futuro regenerará el tiempo) y su valoración en la historia, que permitirá sacrificar el presente en aras del futuro⁷. La historia deberá ser soportada porque se sabe que algún día cesará, será la victoria de la eternidad sobre el tiempo, en el más allá. Mesianismo y Apocalipsis son las bases de la filosofía de la historia occidental.

² (...) «las mujeres estando situadas del lado del interior, de lo húmedo, de lo bajo, de lo curvo y lo continuo, se van a atribuir todos los trabajos domésticos, es decir privados y ocultos, invisibles y vergonzosos, como son los de los niños y los animales, así como todos los trabajos exteriores impartidos por la razón mítica, es decir aquellos que traen el agua, la hierba, la leche, la leña, y muy especialmente los más sucios, los más monótonos y los más humildes». (A propósito de la sociedad kabil). Citado por Pierre Bourdieu, *La domination masculine*, Éditions du Seuil, Paris, 1998.

³ Cuando el dominio de la naturaleza es la verdadera meta, lo biológico constituye un estigma.

⁴ La mimesis es un obrar semejante a la naturaleza más que un obrar como mera imitación, esta noción se relaciona con la de catarsis. La secuencia de los gestos en el transcurso de una ceremonia no hacen más que retomar las secuencias de un relato mítico. Por ejemplo, frente al «desorden» de la naturaleza el rito repite el mito de la creación.

⁵ El Dios hebreo era único como único era su mandato, «¡No tendréis otros dioses delante de mí!».

⁶ Mircea Eliade, *El mito del eterno retorno: arquetipos y repetición*, Alianza Emece, Bna 1985

⁷ La prohibición de la mitología decretada por el monoteísmo condena lo divino a su posterior desaparición.

El hombre en la medida en que «peca» cae en la existencia «histórica», en el tiempo, –ese espacio del desarrollo humano– que no le pertenece *ad aeternitatem*, el que no tiene tiempo tendrá «historia». El cristianismo que humilla la carne como origen de todo mal será la religión del «hombre caído» en desgracia.

El movimiento lineal de la historia

El movimiento de la Historia se desarrolla hacia la abstracción. El binomio dominio-subordinación que arranca en el cuerpo social incipiente, que es simbolizado por la ley y la Institución y que se fija sobre éste, se inscribe sobre la fractura de la colectividad y el interés general, escribe aquello que será considerado como el perímetro determinado del espacio y la acción del cuerpo social. Esta separación originaria, este ser *cosa* del cuerpo social constituirá su fractura, su alienación. La dominación que ejercerá el hombre sobre la mujer, la subordinación de ésta hacia el otro y la obediencia de ambos a lo instituido, será la energía que alimentará lo fundado como separación. Sobre su separación se funda la dominación del órgano separado. Esta separación, esta disociación, caracteriza las relaciones sociales con el signo de la abstracción.

La subordinación del hombre al Estado incluirá (legalizar y administrar) el reconocimiento de la subordinación de la mujer al hombre. El Estado arcaico apoyándose en el poder del macho e institucionalizándolo, se erigirá en patriarca de la nueva sociedad. A partir de entonces, cualquier gesto del cuerpo social será un signo de ese dictado (de su fractura), de la dominación, jerarquización y subordinación del cuerpo a la Institución, de lo instituido sobre lo asociado. Al binomio dominio-subordinación le sigue el binomio institución-sociedad.

El patriarca será poco a poco rebasado por el Estado moderno y éste a su vez será desplazado por el capital. La afirmación del Estado por encima de la comunidad, sobre cualquier apariencia de separación, reducirá el espacio social a la abstracción, al movimiento del Capital.

La historia desconoce al individuo en la manifestación de su sufrimiento, desconoce el sufrimiento de la humanidad que provoca la necesidad, desconoce el miedo sin el cual no existiría dominio alguno, excluye cualquier indicio de emancipación... La historia (como la ideología) se empeñará en su ocultación, ocupando el espacio del mito, maravillándose en los «orígenes», de lo natural y lo divino, recreando lo instituido, siguiendo la cicatera y mezquina guía del Progreso como el *perpetuum mobile* de su mitológico sentido.

Racionalización del «Mundo»

Para Condorcet (1794), que entendía la historia de la humanidad bajo el influjo de la física newtoniana como un proceso general de racionalización, la Ilustración propugnaba la eliminación de los prejuicios a través de la difusión del conocimiento

científico. Al progreso científico le sucedería un perfeccionamiento moral, del que cabría esperar un progreso no sólo de la moralidad sino también de las formas de convivencia civilizada.

Según Horkheimer y Adorno, la Ilustración, en el más amplio sentido de pensamiento en continuo progreso, ha perseguido desde siempre el objetivo de liberar a los hombres del miedo⁸...

Entonces, ¿porqué la razón (en interés del progreso) no penetra la necesidad humana, las formas sociales y económicas... porqué habiendo servido a las fuerzas productivas no lo hace a las fuerzas sociales? ¿Tiene la racionalidad un significado positivo más allá de su existencia instrumental?⁹

El mito (el sacrificio, la renuncia, el mito solar, el patriarcal) es ya Ilustración; la Ilustración recae en la mitología¹⁰. La propia mitología ha puesto en marcha el proceso de la Ilustración, en el cual toda determinada concepción teórica cae inevitablemente bajo la crítica de ser sólo una creencia, hasta que también los conceptos mismos de *verdad*, e incluso el de Ilustración, quedan reducidos a magia animista. En el mundo ilustrado la mitología se ha disuelto en profanidad, supera el mito imponiendo su dominio sobre la naturaleza y la humanidad. Al transformar la naturaleza, la razón será de nuevo el mito llamado a reinar sobre los hombres. La recaída de la Ilustración en mitología es la recaída del espíritu, que emergió con ella, hacia el dominio ciego de la naturaleza.

El mito de la Ilustración, de la razón y su progreso, se pone de manifiesto en la incapacidad de dar solución a los problemas que atenazan a la humanidad, al pensar que aquello que la civilización había hecho al hombre y a la mujer podía restituirse el iluminismo. Bien al contrario, el progreso de la razón instrumental es el resultado de la separación y disociación del cuerpo social, es el producto del progreso de la dominación del cuerpo social que una vez cosificado le sirve de instrumento.

No obstante, al mismo tiempo, el pensamiento crítico no puede zafarse de esa misma órbita racionalista; todo aquello que surge de este pensamiento conlleva ésta misma separación, la disociación. Para Lukács (siguiendo a Marx), será la separación entre teoría y praxis¹¹, entre cultura y producción, la responsable del aplazamiento de la superación dialéctica de la filosofía. Horkheimer considera que desde el mismo

⁸ *Pero la tierra enteramente ilustrada resplandece bajo el signo de una triunfal calamidad.* (M. Horkheimer y T. W. Adorno, *Dialéctica de la Ilustración*, Trotta, Madrid, 2005).

⁹ La idea de una razón instrumental dominante o «razón subjetiva» que respondería a la solución de tareas técnicas, construcción de medios, contrapuesta a otra razón o «razón objetiva o autónoma», que respondería a criterios morales y estéticos (arte), se la debemos a M. Horkheimer. (*Crítica de la Razón Instrumental*, Trotta.)

¹⁰ Horkheimer y Adorno, *Dialéctica de la Ilustración*.

¹¹ Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*, Grijalbo, México, 1969, Trad.de M. Sacristán.

momento en que la razón se convirtió en instrumento de dominación de la naturaleza humana y no humana por el hombre quedo frustrada su propia intención de descubrir la *verdad*, manifestando su escepticismo frente a la capacidad de superación racional de la historia¹².

Lukács pone de relieve la cosificación de las personas como reverso de la racionalización del sistema. Cosificación de todas las relaciones sociales, que Lukács considera como producto del capitalismo, como fenómeno histórico transitorio, que se verifica en la separación entre los productores y sus productos. Relaciones que se confirman en esta sociedad en que toda satisfacción de las necesidades se cumple en la *forma* mercancía, que se impone como *forma* de objetividad dominante y riges las relaciones de los individuos entre sí y con la naturaleza.

Cosificación que será superada, dialécticamente, por el proletariado, gracias a la conciencia que interviene en la realidad e unifica la teoría y la praxis¹³. Gracias a que esa racionalización aparentemente integral del mundo encuentra sus límites en el carácter *formal* de su propia racionalidad. Gracias a la escisión que se produce precisamente entre objetividad (alienación del trabajo que deviene mercancía) y subjetividad (del hombre que se objetiva como mercancía, pero que se resiste en su interior contra esa existencia suya), esta situación se hace a la vez susceptible de devenir consciente. También nos advierte que mientras (el trabajador o trabajadora) siga siendo prácticamente incapaz de levantarse por encima de esa función de objeto, su conciencia será la autoconciencia de la mercancía.

Sin embargo, a pesar de una aparente superación del problema por parte de la filosofía, a pesar del esfuerzo de algunos filósofos por apartar al pensamiento de la cuestión, la disociación persiste. La separación entre los productores y sus productos persiste. La razón está disociada de la moral (la moral del oprimido, del bien común), la razón es autónoma e instrumental y está en ruptura (Derecho, razón técnica). La realización de la razón instrumental, la praxis que proviene de la cosificación de las personas, no solamente es producto de la separación entre razón instrumental y razón moral o emancipadora, del antagonismo entre la razón, la naturaleza y la colectividad entre iguales, sino que reproduce y se reproduce forzosamente en el binomio dominación-subordinación o no es: o no es separación y disociación, o no es un problema para la filosofía, es su superación. Podemos objetar que, en este momento, no se confirma una relación dialéctica entre razón emancipadora y razón instrumental, a efectos de la negación de aquella sobre esta (pero si a la inversa), de

¹² Horkheimer, *Crítica de la Razón Instrumental*.

¹³ «Momento en que la utopía queda materialmente eliminada de la lucha liberadora del proletariado». (Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*).

la misma manera que la dialéctica no será un problema para la teoría del conocimiento, a menos que dicha teoría se interrogue alrededor de lo puntual, de ese momento, de ese equilibrio.

El proceso de racionalización del mundo, es pues, la expresión moderna del predominio, de la dominación de la naturaleza y de la dominación de unos individuos sobre otros, su negación, la negación de la razón emancipadora, el predominio de unos intereses que instrumentalizan las capacidades sociales a su conveniencia en un proceso histórico de dominación, acumulación, abstracción y alienación.

Necesidad e historia

Las necesidades, aquello que precisamos y que consideramos necesario e inalienable para vivir, y su satisfacción, constituyen la manera en que hombres y mujeres se han relacionado y se relacionan entre sí y con la naturaleza para alcanzar dicha satisfacción. Los diferentes procesos de objetivación¹⁴ que deben resolver la tensión entre la necesidad y su satisfacción, cómo discurren a través de la historia de la humanidad, producción, distribución, intercambio, cómo se remedian y equiparan, serán pues los elementos determinantes que caracterizarán el tipo de comunidad humana y las relaciones entre sus miembros.¹⁵

La satisfacción de las necesidades a lo largo del período histórico se ha distinguido por la dominación del hombre sobre la naturaleza y por la dominación del hombre sobre el hombre, de tal manera que la distancia incipiente que separaba al sujeto del objeto, la distancia que separaba a la necesidad del sujeto de su satisfacción material, se fundará en la distancia frente al objeto que el amo logra mediante el esclavo. La satisfacción de la necesidad (el proceso de objetivación), la distancia recorrida por el sujeto hacia el objeto no será pues lineal e inmediata, no será unívoca, sino mediática.

¹⁴ Marx, concibe la objetivación no a partir de la Idea hegeliana (la objetivación es la realización efectiva del Espíritu), sino del trabajo humano concreto. Este proceso designa la realización efectiva y concreta del ser genérico humano en el trabajo.

¹⁵ Según Marcel Mauss, el don o intercambio de dádivas entre numerosas tribus es ante todo intercambio de cortesías, festines, ritos, servicios militares, mujeres, niños, bailes, fiestas, etc. La noción de intercambio designa un hecho social total, sin distinción entre lo económico y lo ideológico. Las transacciones son el fondo rigurosamente obligatorias. Aquel que no regala o rechaza tomar o entregar es considerado por ello como un enemigo. En ciertos casos se debe gastar todo y no guardar nada: quien ha sabido consumir y destruir todo es considerado como el jefe (práctica denominada *pottlach* por las tribus indígenas del noroeste americano). Los individuos, al dar, rompen el vínculo que les une con la cosa, esta negación sólo es verdadera si el otro la reconoce al efectuarla a su vez. Éstos, en esta operación idéntica, el don, se confirman los unos a los otros que no son cosas. (M. Mauss: *Sociologie et Anthropologie*, PUF, París, 2004).

La mediación, el trabajo necesario¹⁶ para satisfacer las necesidades será el objeto predilecto de la dominación a lo largo de la historia, dando lugar a unos sujetos que (se objetivan) instrumentalizando la actividad humana y sirviéndose de ella se apoderan de la riqueza social y del conjunto de la sociedad. Y otros, que, instrumentalizados, reducidos a la condición de objetos (se objetivan) en el proceso productivo, son privados del producto de su actividad, que no les pertenece. A este proceso histórico de dominación y acumulación por parte de una clase social le corresponde la abstracción y alienación de la riqueza social y de su determinada sociabilidad.

Los hombres y las mujeres por mediación del lenguaje objetivan diferentes procesos.¹⁷ El proceso de objetivación, aquel en que la naturaleza es transformada por el individuo, transforma al individuo a su vez. Para aquel sujeto que se sirve de otros, el proceso de objetivación es un proceso de cosificación, se confunde con el de instrumentalización, es decir, que la distancia respecto del objeto es igual a la distancia respecto del sujeto (no hay cosificación sin dominación). El otro, que está al lado del objeto, el que es confundido con éste, que es instrumento entre los instrumentos, y que debe realizar la *acción* hacia el objeto que está allá y afuera y que una vez poseído, en su poder, es privado de él, debe reconocer que no le pertenece, que le pertenece a otro, que está desposeído; para él el proceso de objetivación es un proceso de enajenación (no hay enajenación sin subordinación).

Estos procesos (históricos) de objetivación diferenciados alrededor de la actividad material, alrededor de la satisfacción de la necesidad, son a la vez la manifestación de las contradicciones del devenir de la humanidad, manifestaciones de la mistificación de su progreso que transita, más bien, de la animalidad a la barbarie.

Procesos de objetivación contradictorios que interfieren entre la necesidad del sujeto y su satisfacción material, cuya máxima expresión paradójicamente es su privación fijada en una abstracción¹⁸ (el Capital). Procesos de objetivación equívocos que confunden a los sujetos con los objetos.

Negación del trabajo humano que somete a la humanidad bajo la permanente tiranía de la necesidad y la privación, cuya definitiva superación le permitiría salvar la distancia que le separa de su satisfacción material, salvar la separación de pensamiento y acción, de espíritu y naturaleza... que permitiría salvar la subjetividad.

Etcétera

¹⁶ El objeto del trabajo es la objetivación de la vida genérica del hombre, que dirá Marx, pues éste se desdobra no sólo intelectualmente, como en la conciencia, sino activa y realmente, y se contempla a sí mismo en un mundo creado por él. Por esto el trabajo enajenado, al arrancar al hombre el objeto de su producción, le arranca su vida genérica, su real objetividad genérica. Citado en: *Manuscritos económicos y filosóficos*, (1844), Alianza, Madrid, 1974.

¹⁷ «Papúes y melanesios, no poseen sino un solo vocablo para designar la compra y la venta, el prestar o recibir un préstamo. Las operaciones antitéticas son expresadas por el mismo vocablo». (Marcel Mauss: *Sociologie et Anthropologie*).

¹⁸ Beneficio, interés, inversión: es el lenguaje del dinero.

“Sobre el concepto de la Historia” de Walter Benjamin.¹

“Por algunas razones no quiero ‘abjurar’ de mis convicciones, por algunas razones no enrojeczo de mi ‘antiguo’ anarquismo”

(Carta de W. Benjamin a G. Scholem)

Walter Benjamin moría en Port Bou el 26 de Septiembre de 1940, parafraseando a Artaud, “suicidado por la sociedad”. Huyendo de la brutalidad del nazismo que se apoderaba de Europa, intentaba llegar a Portugal bajo dictadura militar, pasando por la España franquista, para desde Lisboa embarcarse rumbo a Estados Unidos.

Tenía al morir 48 años y entre las pocas cosas que llevaba había una cartera de piel en la que guardaba papeles manuscritos, eran los originales de una nueva obra en la que trabajaba: “*Sobre el concepto de la Historia*”. En la primavera de este mismo año, en París, había terminado ‘18 Tesis numeradas’, seguidas de otras dos que llevan las letras ‘A’ y ‘B’, más un ‘Fragmento político-teológico’. Una copia de estas “*Tesis*” se la había enviado a Hanna Arendt con el mismo título de “*Sobre el concepto de la Historia*” y esta sería la única prueba de lo que fue su última labor. Cuando Arendt llegó en 1941 a Estados Unidos entregó aquella copia a T.W. Adorno y éste las publicó en 1942 en un número especial del boletín del “Instituto de investigación Social” dedicado a la memoria de Walter Benjamin.

Del manuscrito perdido en Port Bou nada se sabe, ni si era un original igual a la copia que se salvó, o si había sido ampliado y desarrollado. Perdido entre los papeles burocráticos de algún juzgado, quizás de Figueres, desaparecieron para siempre unas hojas escritas con caligrafía minúscula y apretada, llenas de los pensamientos de un hombre frágil, “*teniendo en cuenta que vine al mundo bajo el signo de Saturno, el planeta de la revolución lenta, el astro de la indecisión y el retraso*”.

Pero ser frágil no quiere decir ser débil, la fragilidad de una persona la impone la vida social, el mundo exterior que conformamos y nos conforma. Las dificultades para desenvolverse dentro de las complejas costumbres, normas y rutinas que marcan las relaciones sociales impuestas por cualquier civilización, pueden convertir en frágiles a aquellas personas que no se acostumbran o adaptan a ellas. Incluso si se consigue una adaptabilidad aceptable al sistema, lo frágil de una persona no desaparece, queda

¹ Etcétera publicó en octubre del 2001, en el nº 24 de su ‘Colección mínima’, las “*Tesis de filosofía de la historia*”, de Walter Benjamin, en una traducción al castellano.

oculto para mostrarse traumáticamente cuando menos se lo espera. Esta civilización capitalista es particularmente cruel y brutal en cuanto a generar las circunstancias precisas para volver frágiles a muchas personas, *"El conformismo oculta el mundo en que se vive. Es un producto del miedo"*

En este último texto, Benjamin condensa las principales ideas que animaron su pensamiento:

*En primer lugar la teología judaica, lo importante que era para él la tradición cultural y espiritual de los judíos, pero no el sionismo que con sus argumentaciones de raza y de sangre desvirtuaba la gran aportación de tantos judíos al conocimiento de la humanidad. A pesar de que su amigo desde 1913 G. Scholem, que llegó a ser considerado uno de los mayores estudiosos de la tradición judía: la Cábala y la Tora, le insistía para que militase en el sionismo, jamás logro convencerlo y Benjamin nunca llegó a ir, a pesar de lo mucho que viajó, a Palestina.

***"La crítica como camino real del conocimiento"*. La crítica es para Benjamin el espacio idóneo del pensar y conocer. A través de una lectura crítica de Kant (entonces en Alemania había una corriente filosófica neo-kantiana), elabora una filosofía de la *experiencia* como caudal de conocimientos empíricos, pues para él todo conocimiento verdadero va unido irremediamente a hechos empíricos. Buscaba establecer una *"experiencia absoluta"* que vinculara de nuevo al ser humano con el mundo. Esta noción de experiencia singular e irrepetible es la que permite la conexión con el *"Aura"* de objetos y situaciones, es decir, con aquello que los hace únicos e irrepetibles.

Benjamin distingue entre: *Experiencia (Erfahrung)*, en la *"experiencia unida al conocimiento"* y que implica la integración del ser humano a un contexto social amplio a través de la tradición y que al mismo tiempo va unida a la idea de *Aura*, lo que caracteriza a esta Experiencia como la relación irrepetible y única del ser humano con los objetos del mundo. *Vivencia (Erlebnis)*, que significa literalmente el hecho de vivir una experiencia como aventura, es decir, una vivencia que se sitúa en el nivel psicológico inmediato. Y, finalmente, la *Vivencia del shock (Chockerlebnis)*, que es lo que caracteriza a la vida moderna, y se muestra como algo que se "vive" con absoluta inmediatez para luego abandonarlo y sustituirlo de inmediato por una nueva "vivencia", es lo que constituye *"la pequeña moneda de lo actual"* y cuyo precio es la trituración del *Aura*. La *Vivencia del shock*, al contrario de la *Experiencia*, esta ligada a movimientos reflejos y repetitivos, gestos automáticos, es producto, por ejemplo, del efecto de la moderna división y organización del trabajo sobre el obrero, es la *"vivencia"* que se impone totalitariamente en la sociedad capitalista y la respuesta que produce en el ser humano es todo lo contrario de una *"experiencia unida al conocimiento"*, se trata más bien de un acto que engulle y devora objetos, sensaciones y *"vivencias y que está dirigido al individuo aislado en la multitud con el fin de producir en él una fascinación"*. Benjamin pone de manifiesto con su crítica a la *"estética de la fascinación"*, cómo ésta ha contribuido a sustituir la

imagen del ser humano por una desfigurada y amorfa masa de individuos aislados. Ahí esta su crítica a la modernidad, al progreso y a la técnica. La modernidad, es *“repetición constante de lo mismo en lo nuevo”*, este es su destino mítico y está siempre fundada en la violencia.

* *“No hay acontecimiento o cosa en la naturaleza animada o inanimada que no participe de alguna manera de la lengua, pues es esencial a las cosas comunicar su propio contenido espiritual”*. A Benjamin le preocupa la relación entre el lenguaje y el mundo y por lo tanto entre el lenguaje y el ser humano. La lengua comunica no a través de ella, sino en ella misma el “ser lingüístico” tanto de los humanos como de los objetos y fenómenos que son nombrados. En el nombre, se manifiesta la relación íntima entre esencia lingüística y esencia espiritual del ser humano, en cuanto que nombra las cosas y de las cosas en cuanto que son nombradas.

* En un viaje a Suiza de Benjamin en 1919, su amigo, el poeta dadaísta, Hugo Ball (el del café Voltaire) le presenta a Ernst Bloch que había publicado en 1918 *“El espíritu de la utopía”*, los tres tienen animadas discusiones y Benjamin siente curiosidad por conocer con mayor profundidad la obra de Marx. Más tarde en 1923 conocerá en Frankfurt a Krakauer, a Adorno y a Karl Korsch. En 1924, E. Bloch le hará conocer, en Capri, el libro de G. Lukács *“Historia y conciencia de clase”* que tanto le influirá, también allí y el mismo verano conoció a Asja Lacis *“una revolucionaria rusa de Riga, una de las mujeres más excepcionales que he conocido”*, que había colaborado como directora escénica con Piscator y Bertolt Brecht, y por ella viajaría a Moscú. Después de la guerra Asja pasaría 10 años en un campo de concentración en Siberia y escribiría unas memorias tituladas *“De profesión: revolucionaria”*. Asja, también le presentaría en 1929 a Brecht y entre ambos surgiría una gran amistad y además lo que éste denominaba *“pensamiento toscó”* representó para Benjamin un gran descubrimiento y admiraba en él la manera directa de exponer los pensamientos y reflejar situaciones.

La ligazón entre el marxismo o el materialismo histórico, como le llama Benjamin, y el misticismo o mesianismo de raíz teológica judía, queda clara ya en la primera Tesis, sirviéndose de la imagen de un famoso autómatas ajedrecista, construido por un tal von Kempelen y sobre el que escribió Allan Poe, que estaba capacitado para ganar a cualquiera, pero que tras una cuidada puesta en escena se escondía un enano jorobado, maestro del ajedrez que con habilidad manejaba al muñeco y con su inteligencia ganaba las partidas. *“Siempre tendrá que ganar el muñeco que llamamos ‘materialismo histórico’. Podrá habérselas sin más ni más con cualquiera, si toma a su servicio a la teología que como es sabido, es hoy pequeña y fea y no debe dejarse ver en modo alguno”*.

También en la novena Tesis cuando el ángel de la historia que da la espalda al futuro y observa el pasado con perplejidad y espanto y ve *“una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina”* y quisiera detenerse y con ello detener el

continuum histórico, idea esencial en la manera de entender la historia por Benjamin, y “*despertar a los muertos y recomponer las ruinas*”, es decir tras la interrupción revolucionaria, rehacer la historia para apoderarse de sus pasadas esperanzas, pues “*no nos ha sido dada la esperanza sino por los desesperados*”. Pero el ángel se ve arrastrado por el huracán del progreso que sopla desde el paraíso y lo arrastra hacia el futuro de esta modernidad.

La modernidad, la renovación de los aparatos y estructuras del poder, es “*repetición constante de los mismo en lo nuevo*”, este es su destino mítico y está siempre fundado en la violencia. Esta modernidad se puede observar en un sentido histórico de continuación: la violencia sostiene al Derecho en cualquier momento de la historia que está destinado a adaptarse dejando, antes de agotarse, su puesto a una nueva fuerza que ejerciendo nuevamente la violencia determina otra institucionalización del Derecho; cadena interrumpida de estados de derecho que se superponen uno tras otro institucionalizando también la violencia. El poder se repite en el *continuum* histórico, “*extenuado aquí, se recompone allá*”. “*Los respectivos dominadores son los herederos de todos los que han vencido una vez... Como suele ser costumbre, en el cortejo triunfal llevan consigo el botín. Se designa como bienes de cultura... Y jamás se da un documento de cultura sin que lo sea a la vez de barbarie*”.

Pero las modernidades traen con ellas nuevos progresos y esta última modernidad capitalista está indisolublemente asociada al progreso y a la técnica, de ello nos dice mucho Benjamin y no sólo en estas Tesis, sino en toda su obra. Esta es la época de la reproducción y repetición sin límite de imágenes, objetos e individuos, de tareas y de ocupaciones, también de sufrimientos, de gestos y de mensajes, y este progreso cada vez es más acelerado, banalizando y reificando lo que toca o menciona, convirtiéndolo todo en un producto de distracción masiva y al individuo en un animal gremial y aislado. Estas y otras más son las consecuencias de esta última modernidad, y a su progreso y de su técnica crítica Benjamin con fuerza en sus Tesis, como en la treceava, pero también en la décima donde pone al descubierto la fe de los políticos en el progreso y en esto se igualan con los fascistas, cuyo lema era poner al mundo a trabajar y a callar.

Y sobre la economía y el trabajo como fuentes de progreso nos dice mucho en la Tesis undécima y no sólo de la socialdemocracia, sino también hay una crítica directa a Marx por defender el trabajo “*como la fuente de toda riqueza y cultura*” aunque luego lo matiza volviéndolo a citar para señalar que el hombre que no tiene más propiedad que su fuerza de trabajo “*tiene que ser esclavo de otros hombres que se han convertido en propietarios*”. Este marxismo vulgarizado que reivindica el trabajo y la economía, como lo hace el capitalismo, “*reconoce únicamente los progresos del dominio de la naturaleza, pero no quiere reconocer los retrocesos de la sociedad. Ostenta ya los rasgos tecnocráticos que encontraremos más tarde en el fascismo*”, ahí estuvo sencillamente profético. Reivindica a los socialistas utópicos anteriores a 1848 y especialmente a Fourier al que tan bien conocía. Y para

terminar esta Tesis una guinda, es decir un regalo: "Del concepto corrompido de trabajo forma parte como su complemento la naturaleza que, según se expresa Dietzgen, 'está ahí gratis'.

La modernidad supone, para Benjamin, la muerte de la experiencia y la supeditación a un destino oscuro y siniestro.

Quizás de su legado mesiánico surja la noción por él llamada como *Tiempo-Ahora* (*Jetztzeit*) pero siempre unida al pasado como "imagen que relampaguea y relumbra en un instante de peligro". El tiempo así descrito se opone al tiempo histórico, el que deja tras de sí ruinas amontonadas y avanza con incansable frenesí, pues Benjamin plantea el *Tiempo-Ahora* como interrupción del "continuum histórico que es tiempo homogéneo y vacío", para dejar brillar con tal interrupción el tiempo pleno de la experiencia, "El mismo salto bajo el cielo despejado de la historia es el salto dialéctico, que así es como Marx entendió la revolución".

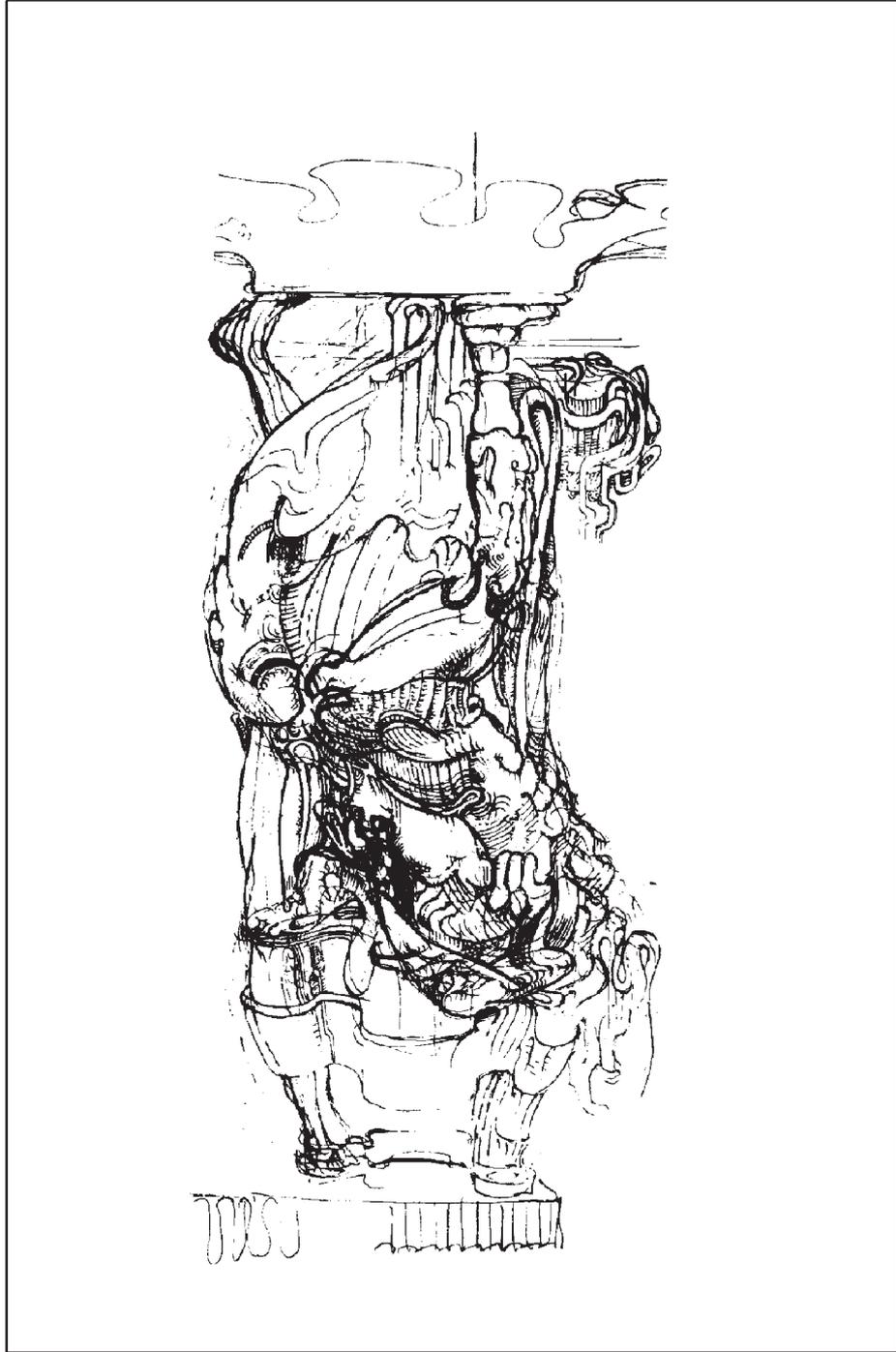
Cuando Benjamin llama "a pasar el cepillo a contrapelo a la historia", es para descubrir lo que tras ella se oculta y que ni los políticos heterónimos de los vencedores, ni los historiadores historicistas que sienten una especial simpatía hacia aquellos y su poder, nos descubrirán nunca, estas iluminaciones que son imágenes que relampaguean, las encuentra en los desperdicios de la historia, en aquello que ha quedado arrinconado, ahí es donde nosotros debemos buscar, en todo aquello que quiere ser olvidado. "El historicismo plantea una imagen eterna del pasado", pues con ello pretende conseguir una imagen eterna del presente y del futuro, lo que hay es lo único que puede haber, todo lo demás está fuera de lugar, es decir, es utopía. El historicismo tiene un sistema o procedimiento aditivo, proporciona una suma de hechos para llenar el tiempo homogéneo y vacío.

"La conciencia de estar haciendo saltar el continuum de la historia es peculiar de las clases revolucionarias en el momento de su acción". Por ello algunas "revoluciones" han querido cambiar el calendario, pero al dejar el reloj para contar el tiempo que se gasta, han vuelto, aún sin pretenderlo, a resucitar el antiguo calendario que jamás se perdió; quizás por ello los obreros y oprimidos conscientes deban disparar a los relojes, para así poder cambiar, de una vez por todas, el calendario.

Y ante el dilema de quien es el sujeto histórico Benjamin lo encuentra en "la clase que lucha, que está sometida, es el sujeto mismo del conocimiento histórico", es decir, no hay sujeto histórico, si no hay una clase que luche.

A pesar de los tiempos difíciles en que escribió estas Tesis, no encontramos en ellas un pensamiento condicionado por la coyuntura del fascismo triunfante, sino al contrario una reflexión sobre la modernidad capitalista. Una crítica que va más allá de una crítica al historicismo y su crónica, al señalar una visión revolucionaria capaz de unir la experiencia de un ahora con el pasado, al hacer suya la tradición de los oprimidos, "existe una cita secreta entre las generaciones que fueron y la nuestra", es decir conservando la esperanza de una cita secreta capaz de interrumpir el *continuum* histórico.

Este texto contiene los elementos de la crítica a la modernidad de la sociedad capitalista que recorren toda la obra de Benjamin, de ahí su importancia.



En esta época de guerra

La voracidad con que actúan los actuales poseedores de los poderes políticos y económicos parece superar con creces a la de sus predecesores. Es posible que no sea así y que de siempre se haya dado tal antropofagia, que quizás sea sólo cuestión de magnitudes, y que en un mundo espectacular, estas escenas resalten más por la mediática de la comunicación. Sin embargo jamás había sido tan legitimado y consensuado su quehacer diario de cafrería, y ello lo hace más insultante para nosotros.

La gran tarea de los responsables de tanta muerte violenta –la no llevada a cabo por la naturaleza o por uno consigo mismo– es la de hacer creer la utilidad que ella reporta a los no sentenciados, bajo los sofismas de, o unos u otros (terrorismo), o todos no cabemos (migraciones, pateras), o no hay para todos (petróleo).

En algunos aspectos se da una vuelta al primitivismo de la horda: la muerte en el umbral de la cueva, la proximidad del terror, por su frecuencia, su geografía, y consecuentemente la familiaridad con él. Lo vemos todos los días. El terror del Estado no tiene semejanza, ni en calidad ni cantidad, con la de cualquier otro grupo. Lo sabemos por sus actuaciones y su impunidad, mientras en La Haya se parodia la justicia como un ejercicio del derecho en mayúscula.

Nos preocupa la permanencia a través de los siglos de esta situación; tampoco podemos decir que sea exclusiva del moderno sistema capitalista. Al fin y al cabo de África fueron arrancadas entre 20 y 100 millones de personas para ser convertidas en esclavos, la mayor parte de ellos con el concurso de algunos africanos que se convirtieron en sus cazadores a sueldo de europeos.

Por lo que a nosotros atañe, ni somos representados ni nos representan. Desde un punto de vista sociológico podríamos ser una muestra de exotismo y vistos como meros espectadores disconformes en el dramático teatro del mercado del capital. Podemos bien afirmar que se ha realizado la utopía, aquello que parecía imposible por exceso de fantasía y atrevimiento de una visión pesimista de la historia presente, aquello ha devenido real, como el que unos pocos centenares de personas –unas pocas– decidan, democráticamente, desde el consenso hasta la delegación, sobre unos millares de millones de otras; el espanto diario como nota y sistema de vida invade nuestra vieja cultura, quedando ésta para los museos y la historia. Aquellos pocos, no importa cuantos, convierten la muerte de muchos en bienes de pocos; y la ley, el derecho internacional lo respaldan. Esta ideología va calando, es por el bien de todos. Lo que era una excepción es ahora lo universal. Quince millones de muertos directos en la primera gran guerra, cuarenta en la segunda, más un sinfín de otras sucesivas, hasta poder contar más de cuarenta simultáneas hoy en el mundo.

A continuación, seguimos en este número de nuevo con los acontecimientos de la guerra social en Bolivia y con las luchas para poder vivir, para tener una vivienda ayer y hoy en Barcelona.

Bolivia entre la revolución de las asambleas y la utopía capitalista

Desde principios de este año, la prensa del mundo se ha hecho eco del nombramiento del primer presidente indígena de las Américas. Las publicaciones izquierdistas cubrieron de alabanzas ditirámicas a la “revolución” andina de Evo Morales, mientras los articulistas más reaccionarios alertaban del peligro que corren las inversiones extranjeras bajo el “nuevo régimen de La Paz”, que anuncia la nacionalización de las reservas de gas y petróleo y alardea de sus relaciones amistosas con la Cuba de Fidel Castro y la Venezuela de Chávez; aunque la prensa más seria ha destacado, con más realismo, el cordial entendimiento del nuevo mandatario con las empresas transnacionales –sobre todo las europeas– y los gobiernos a su servicio.

Lo que unos y otros prefieren olvidar es que el tímido reformismo del nuevo gobierno boliviano nació como una especie de solución de compromiso que los poderes dominantes del mundo han aceptado, a última hora y de mala gana, ante la amenaza de unos movimientos populares mucho más radicales que, apenas cinco meses antes de la victoria electoral de Morales, habían llegado hasta el borde de la revolución social, cuando las ciudades de La Paz y El Alto, tomadas por el pueblo insurgente, se preparaban para la instauración de un gobierno revolucionario de las asambleas populares; movimiento que no fue derrotado, sino más bien momentáneamente aplacado por la perspectiva de un cambio pacífico, y que puede volver a emerger en cualquier momento, apenas las esperanzas de un cambio radical que muchos habían depositado en el nuevo gobierno demuestren demasiado claramente su carácter ilusorio.

Recordemos que Bolivia ha vivido, durante los últimos años, una escalada de luchas sociales que, en su extensión y radicalidad, es probablemente única en estos tiempos. Aunque viene de una tradición de varios siglos de resistencia popular, como inicio del movimiento actual puede señalarse probablemente la marcha de los pueblos originarios sobre la ciudad de La Paz, en 1997, primera manifestación multitudinaria, pacífica y festiva, de los pueblos indígenas contra el Estado neocolonial. Luego siguieron la revuelta de la población de Cochabamba por el suministro de agua potable, en abril del 2000, y, desde septiembre del mismo año, los primeros enfrentamientos victoriosos de los campesinos del Altiplano contra el ejército, el movimiento de los cocaleros contra la erradicación de cultivos, las ocupaciones de terrenos por los campesinos sin tierra del sureste, manifestaciones de los mineros, etc. (ver “La guerra social en Bolivia”, *Etcétera* n. 36, mayo 2002).

De una insurrección a otra: octubre de 2003 y junio de 2005

En agosto de 2003, el escándalo político de las ventas ilegales de gas y petróleo por el gobierno de Sánchez de Lozada propicia la ocasión para reunir a todos los movimientos de protesta en torno a una misma reivindicación: la nacionalización de los recursos de hidrocarburos del país. Las protestas culminan en la insurrección popular de octubre de 2003, más enardecida aún por la violenta represión militar. El presidente Sánchez de Lozada dimite y huye a los Estados Unidos; lo sucede el vicepresidente Carlos Mesa (ver “Bolivia: ¿guerra del gas o guerra social?”, *Etcétera* n. 38, junio 2004).

Se restablece una calma precaria, jalónada de huelgas, ocupaciones de tierras y de minas, algunas revueltas locales, protestas de los coccaleros y dos huelgas generales, en mayo de 2004 y enero de 2005. En octubre de 2004, el Congreso, cercado por decenas de miles de manifestantes, admite a tramitación un nuevo proyecto de ley de hidrocarburos, presentado por el Movimiento al Socialismo (MAS), que prevé un considerable aumento de impuestos a las transnacionales petroleras, aunque renunciando a la nacionalización. Aún así, las protestas, por el momento, se apaciguan; en cambio, a las compañías petroleras y a los sectores más vendidos de la burguesía nacional esa propuesta de compromiso les parece un ataque inaceptable a sus intereses. La oligarquía latifundista del departamento petrolífero de Santa Cruz, notoriamente derechista y vinculada a las transnacionales petroleras, amenaza con proclamarse “región autónoma” a fin de eludir los efectos de la nueva ley (ver “Bolivia, segunda parte”, *Etcétera* n. 39, mayo 2005).

Cuando el proyecto de ley, entre tanto retocado hasta quedar prácticamente en confirmación del *statu quo*, se presenta finalmente, en mayo de 2005, a la Cámara de Diputados para su aprobación definitiva, vuelven a arreciar las protestas y manifestaciones. En todo el país se multiplican las huelgas, los cortes de carreteras y las marchas de protesta; las organizaciones populares se preparan para la huelga general. Los sectores más radicales –los sindicatos de la Central Obrera Boliviana (COB), las confederaciones campesinas del Altiplano y las juntas vecinales de la ciudad de El Alto, epicentro de la insurrección de 2003– exigen la nacionalización sin indemnización del gas y del petróleo, la dimisión del presidente y el cierre del parlamento, mientras que el MAS y los sectores sindicales y campesinos afines a este partido se limitan a pedir un aumento de impuestos sobre las exportaciones de hidrocarburos y la convocatoria de una Asamblea Constituyente, proyecto más bien vago de reforma constitucional que supuestamente otorgaría una mayor participación política a las comunidades indígenas y los movimientos sociales.

A medida que la revuelta va ganando extensión y profundidad, se radicalizan también sus medios y sus objetivos. El 18 de mayo, la Central Obrera de El Alto llama a luchar “por la toma del poder por el pueblo, expulsando a las transnacionales

petroleras, a su gobierno traidor y a todo su parlamento de sirvientes de las transnacionales, conformando las asambleas populares que organicen la toma del poder”. Un portavoz de la Federación de Campesinos de La Paz declara: “No pedimos sólo la nacionalización, planteamos la recuperación de todos nuestros recursos naturales. No sólo hablamos de hidrocarburos; es fundamental recuperar la tierra, el agua, la flora, la fauna, el aire, todo lo que representa nuestra tierra”. El mismo día, varios centenares de mineros armados de dinamita intentan tomar por asalto el Congreso y el palacio de gobierno, en medio de una marcha multitudinaria de obreros y campesinos; los diputados, por si acaso, deciden suspender las sesiones hasta el final del mes.

El 23 de mayo, los obreros de El Alto inician una huelga general indefinida, cortando las carreteras y el acceso al aeropuerto; en la ciudad de La Paz se suman a la huelga los maestros, los transportistas y el gremio de comerciantes minoristas y vendedores callejeros, que agrupa a más de cincuenta mil afiliados. Mineros, campesinos y cocalleros van llegando por miles desde todas partes a la ciudad sede del gobierno, paralizada por las huelgas y cercada por los cortes de carreteras de los alteños y los campesinos rebeldes. El dirigente sindical Jaime Solares llama, entre aplausos multitudinarios, a derribar el régimen burgués e instaurar un gobierno de los obreros, los campesinos y los pobres, invitando a los “militares patriotas” a unirse al pueblo (en efecto, dos días después se anuncia el arresto de un grupo de coroneles que se habían solidarizado públicamente con la lucha por la nacionalización), mientras Evo Morales exhorta a preservar la democracia y evitar el cierre del parlamento. Pero los obreros más radicales ya no se dejan engañar tan fácilmente: “Los trabajadores queremos nuestra propia democracia, la democracia de obreros y campesinos, la democracia de los pobres, no la democracia burguesa”, declara un delegado de la federación de mineros.

Al cabo de una semana, incluso los campesinos seguidores del MAS que han acudido a La Paz se han pasado a la consigna de la nacionalización. Mientras los intentos de asalto al Congreso y al palacio de gobierno, rodeados por la policía y el ejército, se suceden casi a diario, Morales aprovecha hábilmente la situación para vender a la burguesía y a los restos del maltrecho estamento político del país, como última tabla de salvación, el único punto de su programa que sigue contando con el apoyo de una parte de los rebeldes: la Asamblea Constituyente. De momento, delegar la decisión sobre los hidrocarburos en un organismo representativo aún por constituir es, por lo menos, ganar tiempo. La Constituyente se presenta como el remedio milagroso que hará llover a gusto de todos: en sus arengas a los manifestantes, Morales vaticina que “seguramente la Asamblea no sólo nacionalizará los hidrocarburos, sino todos los recursos naturales; por eso el sector oligárquico no quiere que haya una Asamblea Constituyente”, mientras intenta convencer a ese mismo sector oligárquico de que la

Constituyente no nacionalizará los hidrocarburos ni los latifundios ni otra cosa alguna. Los oligarcas de Santa Cruz aún desconfían; insisten en sus exigencias de autonomía regional. Pero el endeble gobierno de Mesa y el Congreso, arrinconados entre el levantamiento popular y el secesionismo oligárquico, no tardan en comprender que la única opción que les queda es la que propone y ejemplifica Morales: prometerlo todo a todos y buscar aplazamientos. El 3 de junio, el presidente Mesa, cuya política de gobierno, a estas alturas, se limita mayormente a seguir las sugerencias del MAS, convoca para octubre un referéndum sobre las autonomías y las elecciones para la Constituyente, que deberá decidir sobre la nacionalización.

Pero ya es tarde. Los sindicatos de la COB califican de “trampa” el decreto presidencial y llaman a intensificar las protestas. El movimiento insurgente, consciente de su fuerza, se niega a retroceder. En La Paz y El Alto, la huelga es total; dos tercios de las carreteras del país están cortadas por los rebeldes. En el norte de Santa Cruz, el feudo de la oligarquía, los campesinos e indígenas empiezan a ocupar los pozos petroleros. El gobierno ha perdido el control de la situación. Entre las barricadas de El Alto emergen los rudimentos de un poder popular ejercido por los vecinos organizados, que controlan todas las calles y las avenidas, turnándose de día y de noche.

Las asambleas al asalto del poder: los siete días de junio

Al mediodía del 6 de junio, en el centro de La Paz, más de cuatrocientos mil obreros, campesinos y estudiantes aclaman la proclamación de la Asamblea Popular Nacional. “No queremos ni elecciones ni la sucesión constitucional, porque estaríamos repitiendo los errores del pasado –declara, entre aplausos estruendosos, un portavoz de la federación minera–. Todas las organizaciones sociales y populares nos vamos a autoproclamar con una gran asamblea popular y forjar el nuevo gobierno del pueblo, que surge hoy de la Asamblea Popular bajo la línea de la nacionalización de los hidrocarburos”. Un delegado de los vecinos de El Alto añade: “El pueblo debe ser gobierno. Hay que unirnos todos para ser gobierno”. Acto seguido, la multitud se encamina hacia el Congreso y el palacio de gobierno, levantando barricadas y enfrentándose a pedradas a la policía y el ejército. El presidente Mesa huye del palacio; la misma noche presenta su renuncia. El parlamento traslada sus sesiones a la ciudad de Sucre, capital nominal del país.

Pero esta vez los insurgentes ya no se conforman, como en octubre de 2003, con haber derribado un gobierno; quieren derribar el régimen de la burguesía y su Estado, y así lo declaran abiertamente. Un comunicado de la federación minera del 7 de junio llama a “discutir e imponer el gobierno popular y revolucionario que debe sustituir a Mesa”. Al día siguiente, la Federación de Juntas Vecinales y la Central Obrera de El Alto deciden constituir la ciudad aymara como “cuartel general de la revolución boliviana”, llamando a los trabajadores y campesinos de todo el país a

organizarse en asambleas populares revolucionarias, formadas por delegados electos, revocables y con mandatos concretos, de todas las organizaciones sociales, sindicales, campesinas e indígenas, para “ejercer el poder en su respectivo territorio, organizar el suministro de alimentos y preparar a los hombres y las mujeres, a viejos, jóvenes y niños, en la autodefensa y la previsible lucha contra el ejército y la policía”. En suma, unas asambleas como las que ya están funcionando en El Alto, en las carreteras del Altiplano y en los barrios pobres de La Paz, donde los vecinos organizados en las juntas, los sindicatos, los comités de barrio y de distrito, ejercen el control del territorio y organizan la distribución de víveres, los transportes y la participación en las movilizaciones y vigiliadas.

También en Cochabamba se constituye, el 9 de junio, una Asamblea Popular decidida a “constituir el gobierno de obreros y campesinos”, llamando a la huelga general en todo el país “si nos quieren imponer a cualquier payaso politiquero burgués como presidente”. Un comunicado de la Coordinadora de Defensa del Agua y del Gas de Cochabamba, que había dirigido la rebelión del 2000, anuncia que esta vez “no sólo vamos a ocupar los pozos (petroleros), vamos a operarlos para el beneficio colectivo de todos”. En la lejana región oriental del Chaco, los indígenas guaraníes se suman a los cortes de carreteras y las ocupaciones de pozos: “Que no se vaya uno, que se vayan todos de una vez por todas”, dice una de sus dirigentes.

La clase dominante y el ejército se encuentran divididos ante la ofensiva revolucionaria del pueblo. Las fracciones más duras y reaccionarias de la oligarquía se agrupan en torno al presidente del Congreso, Hormando Vaca Díez, partidario de sofocar la revuelta mediante la represión militar; los más moderados, entre ellos la Confederación de Empresarios y la Iglesia Católica, temiendo una guerra civil y un baño de sangre de dimensiones imprevisibles, se decantan por nombrar sucesor de Mesa al presidente de la Corte Suprema, Eduardo Rodríguez, que promete convocar nuevas elecciones; opción que apoyan también el MAS, los sectores más reformistas de los movimientos campesinos e indígenas y la mayoría de las clases medias.

Las transnacionales petroleras, la embajada de los Estados Unidos y el ejército, los verdaderos poderes fácticos del país, se inclinan en un principio por la vía militar de Vaca Díez; pero ante la cada vez mayor envergadura de la revuelta, pronto comprenden lo arriesgado de tal solución: recuerdan demasiado bien como, en octubre de 2003, la matanza de insurgentes de El Alto había tenido por único resultado sublevar contra el gobierno a todos los que hasta entonces aún no se habían sublevado; y esta vez se enfrentan a un movimiento mucho más radical y mejor organizado que en octubre. Los hechos no tardan en corroborar esa reflexión: cuando, justo a pocos kilómetros de Sucre, un minero cae muerto y otros tres heridos por las balas de la policía, la protesta inunda también la hasta ahora tranquila capital en la que habían buscado refugio los parlamentarios.

Además, el ejército mismo está dividido: no toda la oficialidad está resuelta a llevar la fidelidad a los intereses transnacionales hasta el genocidio; los altos mandos miran con recelo los afanes autonomistas de la oligarquía cruceña; en fin, muchos militares simpatizan más o menos abiertamente con las demandas de nacionalización, y nadie sabe cuántos de entre ellos estarían dispuestos, llegado el caso, a pasarse al bando de los insurgentes.

Así se entiende que el 9 de junio el Congreso reunido en Sucre, cercado por miles de manifestantes, elige presidente a Rodríguez, que promete convocar elecciones anticipadas para finales del año. La respuesta de los sectores populares más radicales es clara y tajante: “Estamos luchando por recuperar los hidrocarburos y no por cambiar un payaso por otro”, dice un delegado de los vecinos de El Alto, y otro precisa: “El Alto ya ha vivido este tipo de transición política cuando Mesa reemplazó a Sánchez de Lozada y siguió gobernando a favor de las petroleras y de los ricos. No debemos cometer el mismo error con Rodríguez”. Las juntas vecinales de El Alto conceden al nuevo presidente un plazo de 72 horas para nacionalizar el gas y el petróleo; en un comunicado de la federación minera se lee: “A las masas no les importa quién esté en el gobierno. Es el momento de ejercer el poder popular a través de nuestra recién creada asamblea popular nacional originaria y sepultar a los eternos traficantes de nuestra pobreza. Es hora de decirles a los capitalistas que sus privilegios terminaron”.

Los dirigentes del MAS, por el contrario, llaman a la tregua y a la desmovilización; en el oriente y en los valles andinos, donde este partido es mayoritario, los campesinos empiezan a retirar las barricadas y levantar los bloqueos. Pero el cansancio y el sufrimiento hacen mella también en las poblaciones de El Alto y La Paz, agobiadas por la falta de alimentos y de transportes al cabo de tres semanas de huelga general. El 12 de junio, la COB y las organizaciones vecinales de El Alto aceptan la oferta de negociación del nuevo presidente y declaran una tregua; levantan el cerco sobre La Paz y suspenden los bloqueos, aunque aseguran que la lucha continúa, que “no hay desmovilización” sino un “repliegue para ajustar nuestros métodos de lucha para que sean consecuentes e ineludibles”.

De la revolución a la reforma: el imparable ascenso de Evo Morales

Por el momento, sin embargo, ese repliegue deja la vía abierta al reformismo y el retorno a la política parlamentaria. El país, que durante una semana parecía estar al borde de la revolución, se vuelca a la campaña electoral. Morales y los dirigentes del MAS están en su elemento: ante sus seguidores campesinos e indígenas hablan de nacionalización y reforma agraria, mientras en sus encuentros con los empresarios prometen respetar y proteger la propiedad privada, incluida la de las transnacionales y los latifundistas. Tras fracasar en un primer intento de integrar en una alianza electoral a los movimientos radicales—los sindicalistas de la COB y las organizaciones

vecinales de El Alto desautorizan a los dirigentes que pretenden presentarse a las elecciones—, van buscando y encontrando cada vez más el apoyo de las clases medias, los empresarios —a los que prometen ventajas fiscales y reducciones de impuestos—, profesionales e intelectuales, sin olvidar los esfuerzos por congraciarse con los militares y —aunque con menos éxito— los latifundistas: en septiembre, Morales asegura en Santa Cruz que no permitirá las ocupaciones de tierras por los campesinos, y la consigna de la reforma agraria desaparece de los discursos electorales del partido.

La ardua tarea de dar a esa táctica de alianzas con tirios y troyanos visos de un proyecto político coherente recae en un numeroso equipo de intelectuales encabezado por el ex-guerrillero Álvaro García Linera. Aunque el partido, que ahora se define como de “centroizquierda”, sigue denominándose oficialmente “Movimiento al Socialismo”, ese ideólogo sostiene que el socialismo, siendo la “maduración extrema del capitalismo”, no es viable en un país como Bolivia, donde no hay grandes industrias ni un proletariado mayoritario; por lo cual el objetivo inmediato ha de ser la instauración de un “capitalismo andino-amazónico”, esto es, un “proyecto de desarrollo nacional y modernización productiva”, centrado en un “Estado fuerte” capaz de encauzar las ganancias de la venta de materias primas hacia la mejora de las infraestructuras, la creación de industrias nacionales y el fortalecimiento de las empresas autóctonas, con especial atención a las microempresas familiares y la “economía comunitaria” campesina, actividades a las que se dedica la mayor parte de la población indígena del Altiplano.

Esa promesa de un cambio modesto pero inmediato e incruento no deja de seducir a la sufrida población del país andino. El 18 de diciembre de 2005, Evo Morales gana las elecciones por mayoría absoluta, con el 54 % de los votos, muy por delante del 28,5 % del ex-presidente derechista Jorge Quiroga, a pesar de que el Consejo Electoral había eliminado del censo, por razones “técnicas”, a casi un millón de electores, en su mayoría votantes indígenas del MAS, con los cuales éste habría obtenido cerca del 65 %. Algunos observadores han destacado también la notable independencia de criterio que mostró esa mayoría al no dejarse influir por la masiva campaña de propaganda denigratoria y catastrofista que los medios de “información” habían desatado contra el candidato: que el gobierno de Morales expropiaría a las transnacionales, ahuyentaría a la inversión extranjera, llevando el país al aislamiento internacional y a la ruina económica, y finalmente legalizaría el tráfico de cocaína, provocando la intervención militar del ejército estadounidense y la guerra civil, etc. Pero más probable parece que esas acusaciones, al igual que la abierta hostilidad que le profesaban el gobierno de Bush y sus allegados, hayan contribuido más bien a dar mayor credibilidad a la retórica antiimperialista de Morales, que en sus discursos electorales prometía convertirse en una “pesadilla para Washington”, y que la perspectiva de una huida masiva de los capitales extranjeros debió de antojárseles

más bien esperanzadora a los obreros y campesinos que hasta hace pocos meses habían luchado por expulsar a esos mismos “inversores”.

Pero en realidad, como se sabe, nada de eso ha sucedido: el gobierno de Morales, que se ha comprometido firmemente a defender la libertad de comercio, importación y contratación –es decir, los pilares del modelo de gestión neoliberal que en otros tiempos pretendía suprimir–, mantiene excelentes relaciones con las empresas transnacionales y los gobiernos a su servicio, ante todo los de España y la Unión Europea. Durante la visita oficial de Morales a España, a principios de enero de 2006, donde fue recibido muy amistosamente por el gobierno y los prohombres de las grandes compañías, las acciones de la petrolera española Repsol, que anunció cuantiosas inversiones en Bolivia, subieron en un 4,5 % en las bolsas europeas, mientras el gobierno de Rodríguez Zapatero se comprometió a condonar la mayor parte de los 120 millones de dólares de deuda externa de Bolivia con España.

Pero también la administración norteamericana ha iniciado un prudente acercamiento a Morales, a quien había venido denigrando hasta hace poco como aliado de los narcotraficantes y agente desestabilizador a sueldo de Castro y Chávez: cuatro días antes de su ya previsible triunfo electoral, el director de Asuntos Antinarcóticos de EE UU en Bolivia anunció la disposición de su gobierno a “colaborar con el que ustedes elijan”, y el 3 de enero Morales y García Linera se reúnen, con la “mayor cordialidad y respeto”, con el embajador estadounidense, con el que declaran coincidir acerca de “la lucha frontal contra el narcotráfico y el respeto a la democracia”, según un comunicado oficial del MAS. El 1 de febrero, en fin, la embajada expresa oficialmente su acuerdo con la política del nuevo gobierno respecto a la coca: legalización limitada de los pequeños cultivos familiares y erradicación forzosa de los demás; para determinar los límites exactos de la legalización, se esperan los resultados de unos estudios de mercado sobre los posibles usos comerciales de la hoja.

El intento es, al parecer, contentar a las bases más combativas del movimiento cocalero, garantizándoles una modesta subsistencia como suministradores agrícolas de las industrias químicas y farmacéuticas extranjeras, mientras el resto seguirá sufriendo la destrucción de sus medios de supervivencia, necesaria para abastecer de abundante mano de obra barata a las boyantes industrias petroleras de la región. Parece dudoso, sin embargo, que los cultivadores vayan a aceptar de buena gana esa benévola solución de compromiso: a finales de enero, los cocalleros de Vandíola, en la zona tropical de Cochabamba, cercaron a los efectivos de la Fuerza de Tarea Conjunta que están arrasando sus cultivos e intentaron expulsarlos del territorio.

Nadie duda, a estas alturas, de que la anunciada “nacionalización” de los hidrocarburos va a quedar en un mero gesto simbólico: según el ingenioso proyecto del MAS, los yacimientos de gas natural y petróleo serán propiedad inalienable del Estado boliviano, eso sí, mientras sigan yaciendo en el subsuelo o no se alejen

demasiado de allí, pero una vez lleguen a un metro por encima del suelo, “en boca de pozo”, pasarán a propiedad de las transnacionales, que continuarán a cargo de la exploración, extracción, comercialización, exportación y refinación como antes, aunque probablemente con una carga ligeramente mayor de impuestos. Esa solución, que el programa del MAS llama “nacionalización responsable”, deja evidentemente satisfechas a las compañías petroleras, mientras que les suena a burla a los movimientos sociales que lucharon por la nacionalización. Del mismo modo, la “reforma agraria” se limitará, con toda probabilidad, a la distribución de algunas tierras de escaso valor y situadas en zonas remotas del país, y en todo caso sin tocar las enormes propiedades de los latifundios.

Los revolucionarios a la sombra de la promesa reformista

Entre tanto, el movimiento revolucionario ha quedado, por el momento, eclipsado por la euforia reformista. Los sindicatos de la COB y las organizaciones vecinales de El Alto habían decidido, a principios de septiembre, tras algunas vacilaciones y enconados debates internos, boicotear las elecciones –desbaratando así los planes de algunos dirigentes de presentar una “candidatura revolucionaria” junto a los indigenistas aymaras del Movimiento Indígena Pachacuti (MIP) del “Mallku” Felipe Quispe-, pero no hay duda de que muchos de los insurgentes de junio estuvieron entre los votantes de Morales. En la ciudad de El Alto, el MAS obtuvo el 88 % de los votos; la candidatura del MIP, que propugna la nacionalización de todos los recursos naturales, pero cuya influencia se limita a los territorios aymaras del norte del Altiplano, no llegó al 3 % a nivel nacional.

Por otra parte, también es cierto que el MAS, aunque haya conseguido cooptar a unos pocos de los dirigentes de la protesta –como el ex-portavoz de las juntas vecinales alteñas, Abel Mamani, ahora ministro del agua–, ha fracasado en su intento de integrar en su proyecto de Estado a los movimientos más radicales, que mantienen en pie el llamamiento a organizarse en asambleas populares. Ahora la propuesta de la COB y demás organizaciones radicales es movilizarse para exigir al nuevo gobierno el cumplimiento de sus promesas electorales –nacionalización de los hidrocarburos, reforma agraria, aumentos salariales y derogación del Decreto 21060, que instituye la libertad de comercio, importación y contratación para las empresas–, a fin de acelerar el desengaño y abrir de nuevo las vías del poder popular.

El gobierno de Morales sabe, desde luego, que, para no perder la inmensa popularidad de la que está gozando por ahora entre la mayoría de los bolivianos, tendrá que ofrecer muy pronto, si no el cumplimiento de sus promesas, por lo menos algunas mejoras reales y palpables que las hagan olvidar más fácilmente. Así, el nuevo presidente ha prometido, al tomar posesión de su cargo el 22 de enero, la creación de un Seguro Universal y de un Banco de Fomento para las pequeñas empresas, la lucha

contra la corrupción y la construcción de algunas carreteras. “Los que desestabilizan gobiernos están con nosotros, pero tenemos que ofrecerles algunos resultados en seis u ocho meses. Este es el tiempo de crédito abierto que nos conceden”, dijo el vicepresidente García Linera, a finales de diciembre, en una entrevista concedida al diario español *ABC*, no sin esgrimir la amenaza de la represión para quienes no se den por convencidos por esos resultados: “Ahora, el Estado también es fuerza. Hay que saber hacerse amar con las demandas estructurales, pero también hacerse temer por los que se pasen de la raya. Si esto sucede, tenemos la voluntad política de hacernos temer. Eso es el Estado, y el que no lo comprende debe dedicarse a escribir novelas”. Veremos si esa amable sugerencia prospera y quizá la literatura proporcionará algún ingreso adicional, si no a los campesinos sin tierra —a los que el desconocimiento de la escritura y, para muchos, de la lengua castellana dificultará sin duda la dedicación profesional a la novelística—, por lo menos a los maestros de educación pública que no se resuelvan a “amar” a su nuevo gobierno por el modesto aumento salarial de seis dólares mensuales que les ofrece, en lugar de los 130 dólares de subida del salario mínimo que se había prometido durante la campaña electoral.

Con todo, no se puede negar que se están iniciando algunas reformas efectivas, tales como los ambiciosos programas de alfabetización y salud pública que se están poniendo en marcha gracias al generoso apoyo del gobierno de Cuba (y, por tanto, sin ningún gasto para el Estado boliviano); pero está por ver si eso bastará para que la gente se resigne a aceptar la permanencia de los latifundios y la pobreza, la destrucción del medio ambiente y el expolio de los recursos naturales por las compañías extranjeras. Incluso el proyectado desarrollo de un capitalismo autóctono se limita, por ahora, a una campaña para animar a los consumidores a comprar productos nacionales, de dudoso éxito en un país en el que decenas de miles de personas sobreviven de la venta callejera de productos importados —en parte de contrabando, en parte gracias a la irrestricta libertad de importación que garantiza la legislación vigente—, considerablemente más baratos que los de manufactura nacional, circunstancia que probablemente disuade a muchos bolivianos de sacrificar sus misérrimos salarios a la prosperidad de los capitales patrios.

La más realista de las consignas de Morales es, sin duda, la del “gobierno indígena”, esto es, el remozamiento de las corruptas y desacreditadas cúpulas político-administrativas del Estado mediante una fuerte inyección de sangre indígena, cooptando para cargos directivos a los más ambiciosos de entre los dirigentes de organizaciones sociales, sindicales y culturales y entre el numeroso estrato de microempresarios aymaras, ciertamente dotados de aquel espíritu empresarial de trabajo, sacrificio y ahorro del que la clase hasta ahora dominante carece palmariamente. Como García Linera dijo en septiembre pasado, a partir de ahora “las élites del oriente, las élites del gran capital tienen que compartir el poder con las élites aymaras, quechuas y de todas las nacionalidades”.

El “capitalismo andino” y la geopolítica del petróleo

Las posibilidades reales del “capitalismo andino-amazónico” y sus límites sólo se pueden calibrar ante el trasfondo internacional de la rivalidad entre las grandes compañías petroleras; consideración que, de paso, arrojará alguna luz sobre las diversas demagogias “antiimperialistas” tan en boga actualmente, en América Latina y en otras partes, que aún se empeñan en localizar el imperialismo en un solo país. En cuanto a ese sector hegemónico de la economía mundial que nos ocupa, resulta evidente hoy en día que ya quedan lejos aquellos tiempos en que las “siete hermanas” yanquis controlaban ellas solas casi toda la producción mundial de petróleo, por entonces mayormente circunscrita a la región del Próximo Oriente. Desde los años ochenta y noventa, las transnacionales norteamericanas han tenido que enfrentarse cada vez más a la exitosa competencia de las empresas petroleras vinculadas a los gobiernos occidentaleuropeos, sobre todo en la explotación de los yacimientos de hidrocarburos del Asia central y sudoriental, América Latina y África, que sólo entonces estaba iniciándose a gran escala.

Como es natural, esa situación de rivalidad exacerbada entre las empresas transnacionales propició a los regímenes de algunos Estados exportadores de crudo la ocasión para tratar de aliviar su dependencia neocolonial mediante una política de “alianzas diversificadas”, vendiéndose, dentro de lo posible, al mejor postor y sacando una mayor tajada de poder económico –y de ahí, político y militar– a nivel interno y regional. El caso paradigmático, para América Latina, de semejante táctica de subasta es la Venezuela de Chávez, cuyo “antiimperialismo” consiste esencialmente en exigir a las empresas norteamericanas que explotan los recursos del país el pago de los impuestos que establecen las leyes y los contratos vigentes, y, en caso de incumplimiento, transferir sus licitaciones a otras compañías transnacionales, preferentemente europeas, que por este procedimiento están ganando a sus competidoras estadounidenses cada vez mayores cuotas de mercado. Así, en enero de este año, el gobierno de Chávez adjudicó a la petrolera española Repsol la participación en los campos petrolíferos de Quimare-La Ceiba, en el Estado de Anzoátegui, que hasta entonces detentaba la estadounidense Exxon. No es la primera operación de esa índole; en recompensa, la transnacional española está otorgando a la petrolera estatal venezolana PDVSA cuantiosas participaciones en sus propios negocios con los gobiernos de “izquierdas” del Brasil y Argentina (y seguramente, a partir de ahora, Bolivia). Los pingües ingresos de esos negocios petroleros sirven a su vez al gobierno de Chávez para fortalecer su propio poderío militar, costear sus aparatosas campañas de propaganda y financiar algunas modestas mejoras de infraestructura (escuelas, hospitales, etc.) para los barrios pobres, asegurándose así la adhesión fervorosa de sus votantes. En eso vienen a resumirse, en fin de cuentas, tanto la “revolución” antiimperialista y “bolivariana” aplaudida por los progresistas

ingenuos del mundo, como las políticas “subversivas”, “antidemocráticas” y “desestabilizadoras” de las que las empresas estadounidenses y su gobierno acusan a Chávez; aunque, por razones comprensibles, ni unos ni otros dicen nunca claramente en qué consisten las supuestas atrocidades dictatoriales que le achacan unos, ni las supuestas conquistas revolucionarias que otros alaban.

El modelo venezolano es, a todas luces, el que inspira el proyecto del “capitalismo andino-amazónico” de Morales y García Linares; proyecto que, de por sí, no carece de ciertas, aunque limitadas, posibilidades de éxito. Las reservas de gas natural boliviano –la mayor parte descubiertas de 1997 en adelante– son las segundas en importancia de América Latina, después de Venezuela; y es de notar que las transnacionales estadounidenses no controlan directamente más del 30 % de la explotación de esos recursos, mientras que el resto se reparte entre capitales españoles –Repsol, que explota el 25 % de las reservas bolivianas–, franceses, británicos y brasileños.

Los gobiernos neoliberales de Bánzer, Quiroga y Sánchez de Lozada les habían entregado esos recursos y los derechos de explotación, mediante unos contratos que el propio Tribunal Constitucional de Bolivia ha declarado inconstitucionales y legalmente nulos, a unos precios muy por debajo de los vigentes en el mercado mundial; de modo que las transnacionales del sector obtienen en Bolivia unas ganancias próximas al 40 %, más del doble del 15 a 18 % que se llevan en otros países de la zona. Un reajuste siquiera moderado de esas tasas, tal como lo proyecta el gobierno de Morales, podría proporcionar al Estado boliviano unos ingresos adicionales de entre 100 y 200 millones de dólares al año, con los cuales podría financiar, en principio, gran parte de las mejoras sociales que tan urgentemente necesita para evitar un nuevo estallido insurreccional de los pobres; y no es improbable que las transnacionales europeas estén dispuestas a pagar ese precio a cambio de ver garantizada la seguridad de sus lucrativos negocios y, de pasada, arrancarles alguna que otra tajada más a sus competidoras estadounidenses: en enero, Repsol y la multinacional francesa Total manifestaron su disposición a “renegociar sus contratos para proporcionar una cuota mayor de beneficios a Bolivia” (*Financial Times*, 23 de enero 2006).

Como es notorio, el “antiimperialismo” de Morales se limita rigurosamente a los ataques retóricos contra el “imperialismo norteamericano”, sin mencionar jamás a las transnacionales europeas y brasileñas que están saqueando más de dos tercios de los recursos del país. Aún así, no deja de ser curioso que, entre sus repetidas amenazas de “mano dura” para con las empresas extranjeras que evadan impuestos, incumplan las leyes bolivianas y exporten hidrocarburos de contrabando, el nuevo presidente ha tenido sumo cuidado, durante su visita a Madrid en enero, en lavar de toda culpa a la española Repsol, cuya sucursal Andina tiene pendiente un juicio en Bolivia precisamente por esos mismos delitos. El alivio con que los directivos de la empresa

y los mercados bursátiles europeos acogieron esa certificación oficiosa de inocencia no carecía de motivos; pues lo gracioso del caso es que, según los datos oficiales del fisco boliviano, esos capitalistas hispano-andino-amazónicos están acusados de una operación de contrabando de gas natural por valor de 14 millones de dólares, organizada de consuno con el consorcio estadounidense Enron-Shell, presumiblemente la empresa de “bandidos” a la que las amenazas del presidente apuntan.

En esas circunstancias, la orden de detención decretada contra los directivos de Repsol-Andina, a principios de marzo, ciertamente no ha de valorarse como un ataque del gobierno “radical” a la libertad de empresa, sino más bien como una muestra de la independencia del poder judicial boliviano respecto a la política económica “antiimperialista” de dicho gobierno, o tal vez como un intento alevoso de torpedear el apasionado idilio que, gracias al celestinazgo de Chávez, se había entablado entre el presidente indígena y la multinacional hispana; sospecha ésta que, dadas las múltiples imbricaciones del aparato judicial con la oligarquía y de ésta con los intereses norteamericanos, al menos no se puede descartar de antemano. En todo caso, está claro que las transnacionales estadounidenses y sus allegados nacionales no abandonarán sin lucha su parte del pastel a las rivales, como bien demuestra el antecedente de Venezuela.

Pero en el caso de Bolivia, la emulación de la vía venezolana al capitalismo se enfrenta también a graves obstáculos internos. A diferencia de Chávez, Morales no cuenta ni con el respaldo incondicional del ejército ni con la adhesión igualmente incondicional de unas masas sin mayores experiencias de lucha social, prestas a dejarse vender como “revolución” cualquier modesto programa de asistencia estatal; debilidad que lo obliga a apoyarse, para gobernar, en una difusa red de alianzas a diestra y siniestra, sin excluir a las mismas mafias oligárquicas cuya liquidación inmediata sería la condición más indispensable para que los futuros ingresos petroleros reviertan efectivamente en reformas sociales y no se pierdan, como hasta ahora, en los oscuros canales de la corrupción. Aunque el nuevo gobierno ha declarado que la “lucha contra la corrupción” es una de sus prioridades, la correlación de fuerzas no parece muy favorable a ese bienintencionado propósito.

El 30 de marzo, el gobierno dio una primera muestra de su voluntad de “hacerse temer” por los desobedientes, al mandar a la policía y el ejército a recuperar por la fuerza los aeropuertos del país, ocupados desde hacía varios días por los trabajadores de la compañía aérea ex-estatal LAB, privatizada en 1996 y vendida a un oscuro consorcio brasileño que, tras llevarla a la bancarrota, y ante la amenaza de confiscación, la revendió a un precio irrisorio, en una transacción de cuando menos dudosa legalidad, a un empresario boliviano, bajo cuya gestión el ya millonario déficit de la compañía no ha hecho sino multiplicarse. Los pilotos y trabajadores exigían la intervención

gubernamental de la empresa para investigar las presuntas irregularidades y prácticas delictivas de sus directivos.

No deja de llamar la atención que el director secretario del LAB, al que la Asociación de Pilotos acusa de encubrir los manejos ilegales de los sucesivos propietarios de la línea aérea, sea el abogado Walter San Miguel Rodríguez, antiguo militante del partido del derrocado presidente Sánchez de Lozada y actualmente ministro de defensa nacional del gobierno de Morales. Y no es el único miembro del nuevo gabinete vinculado a los viejos poderes: el ministerio de Obras Públicas se asignó, a modo de gesto conciliador hacia la oligarquía del Departamento oriental, al multimillonario cruceño Salvador Ric Riera, al que los sindicatos locales acusan de blanqueo de dinero y otros negocios turbios; el ministro de minería, el dirigente cooperativista Wálter Villarroel, hasta hace poco militante del partido derechista UCS, había sido, según el sindicato minero, uno de los promotores de la privatización del sector bajo los gobiernos anteriores; y el titular de Hacienda, Luis Alberto Arce, es conocido por sus buenas relaciones con el Banco Mundial y el FMI, cuyas directrices para la “estabilidad macroeconómica” siguen siendo el eje de su política.

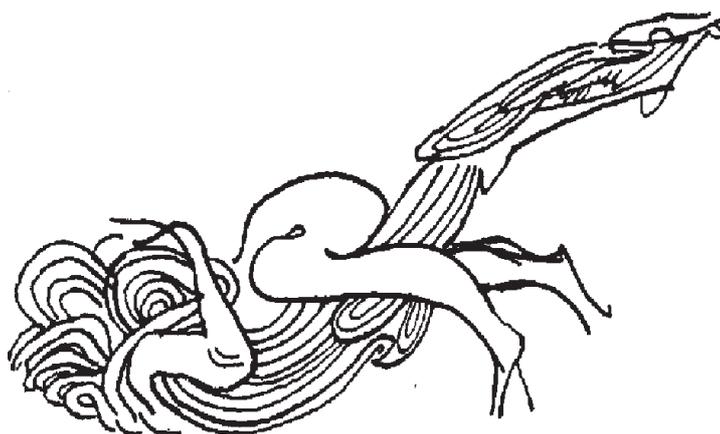
En resumidas cuentas, la política económica seguirá siendo, en lo esencial, la misma que los anteriores gobiernos neoliberales habían venido acordando con el Fondo Monetario Internacional, según ha anunciado el ministro de Desarrollo, Carlos Villegas. En este punto al menos, los hechos no desmienten a las promesas: una de las primeras decisiones del nuevo gobierno, aún antes de su toma de posesión formal, fue la de autorizar la explotación privada –a cargo de capitales británicos, holandeses, brasileños y otros– de los yacimientos de hierro, magnesio y manganeso del Mutún, en la zona oriental de Santa Cruz, que cuentan entre los mayores del mundo. El presidente interino Rodríguez había suspendido la licitación de ese proyecto, a instancias de un grupo de parlamentarios del mismo MAS, después de que varias organizaciones ambientalistas y sindicales denunciaran las irregularidades legales de las concesiones, la participación irrisoria del Estado boliviano en los beneficios del multimillonario negocio –apenas el 3 %, mucho menos aún de lo que los gobiernos neoliberales cobraban a las petroleras– y, sobre todo, los devastadores efectos ambientales del proyecto, que supondría la destrucción de vastas zonas de bosque y la contaminación con minerales tóxicos de los numerosos ríos y riachuelos que se originan en la región.

Sean cuales sean sus posibilidades de éxito, es evidente que el “capitalismo andino-amazónico”, al igual que sus competidores neoliberales, no hará sino continuar el actual proceso de desarrollo acelerado del Capital, la industrialización desenfrenada que destruye y envenena las tierras, los ríos y los bosques, la sumisión de las comunidades indígenas a la economía de mercado y la aniquilación de las comunidades que se resistan a la integración; y lo mismo vale indefectiblemente para cualquier

“socialismo” que se conciba como mera “maduración del capitalismo”. La nacionalización de las riquezas naturales es sin duda una medida necesaria, pero por sí sola no supondría más que cambiar una forma de gestión del Capital por otra; y lo que verdaderamente está en juego no es la alternativa entre gestión privada o estatal, sino la elección entre el desarrollo del Capital y de su falsa riqueza, que trata a la gente y a la naturaleza como meros “recursos” a convertir a en valor dinerario, y la afirmación de la comunidad humana que reconoce en la naturaleza o madre tierra (Pachamama), como dicen los indígenas andinos, la condición y el fundamento de su vida.

El poder revolucionario de las asambleas, que rehúsa toda obediencia a los poderes dominantes, es el primer paso decisivo en la insurrección de la comunidad humana contra el Capital y el Estado; su éxito depende de que la experiencia insurreccional de los obreros y campesinos bolivianos confluya con la ancestral experiencia comunitaria de los pueblos indígenas en un vasto movimiento de defensa de la vida, capaz de romper con el conjunto de las relaciones sociales dinerarias, mercantiles y capitalistas y no sólo cambiar las formas de su gestión.

Luis Ayada y Cusi Qóyllur, abril 2006



Barcelona. Las huelgas de alquileres de ayer

Desde la celebración de las Olimpiadas en 1992, y tal como ya preveíamos los grupos críticos al proceso de transformación que se anunciaba, Barcelona se ha convertido en una de las ciudades más caras de Europa para sus residentes.

El aumento de la carestía de vida, en general, y de la vivienda, en concreto, ha exigido modificaciones importantes en la vida de los habitantes. Así, nos han obligado a ceder grandes zonas urbanas a promociones inmobiliarias destinadas al uso y disfrute de personas con alto nivel adquisitivo o nos han hecho la vida imposible hasta irnos de barrios ahora dedicados a una fuerte explotación turística. Alejarse cada vez más de Barcelona acaba siendo la única salida para quienes buscan vivienda.

Evidentemente todo este proceso no ha carecido de críticas y resistencias de los afectados, algunas de las cuales ya hemos recogido anteriormente en nuestro boletín. Sin embargo, visto el tema con perspectiva y desde la situación actual, no deja de extrañarnos la conformidad con que la mayoría nos enfrentamos al problema de la búsqueda de vivienda en Barcelona.

Es desde esta extrañeza que nos parece interesante recoger en este número un movimiento de huelgas de alquileres que se dio en esta ciudad entre los años 1918 y 1936, un momento también de fuerte crecimiento urbano.

También hemos querido aprovechar para insertar unos breves apuntes sobre el proceso especulativo actual.

El movimiento de la huelga de alquileres, un proceso de 1918 hasta 1936

En los últimos años de la 1ª guerra mundial se produjo en Barcelona (también en Catalunya y en el resto del Estado) un constante aumento en los precios de los artículos de primera necesidad. En todos aquellos relacionados con la subsistencia, la carestía continuó durante toda la Dictadura de Primo de Rivera, e incluso en la República. Agravándose esta situación a partir de 1929 por efecto de la gran crisis capitalista, montada a partir del crack de Wall Street, de manera que a este proceso inflacionario, se uniría un fuerte incremento del paro y la caída de la peseta, lo cual aumentaría aún más la ya de por sí difícil, por mísera, situación de los obreros.

Desde el año 1910 hasta el 1931 la población de Barcelona prácticamente se doblaría, pasando de poco más de medio millón de habitantes a superar el millón (1.005.989).

Entre 1920 y 1930 llegarían a Barcelona unas 300.000 personas, mientras que toda la provincia pasaría, en el mismo periodo, de 1.349.282 a 1.800.640 habitantes.

Barcelona durante la Dictadura se convirtió en un lugar de llegada para obreros en busca de trabajo, dada la fiebre constructora que en ella se desarrollaban a cubierto de la gran obra propagandística que pretendía ser la “Exposición Universal” de 1929. Esta realización de grandes obras, montando la “Exposición” como excusa, facilitó a la burguesía catalana una nueva oportunidad para un rápido incremento de sus riquezas, al poder apoderarse de todo el dinero que el Estado destina para estos eventos y de todo el negocio que en torno a ellos se desarrolla. Sería el segundo acto de esta “ciudad de los prodigios especulativos”, que en 1992 vería el inicio de un tercer acto, el mayor de todos, cuyo movimiento especulativo todavía dura actualmente y como en los anteriores también el dinero “público” del Estado ha proporcionado una máxima “optimización sostenible” de beneficios privados que inevitablemente se concentran en unos pocos y “distinguidos” bolsillos.

A pesar del gran incremento de población (que representó uno de los mayores de Europa), la construcción de nuevas viviendas asequibles a los obreros fue mínima. De hecho durante toda la Dictadura que publicitariamente se jactaba “de ser el gobierno que más viviendas para obreros había mandado construir en Barcelona”, tan sólo se construyeron por el Patronato Municipal de Habitación las 2229 viviendas, divididas en cuatro grupos, de las Cases Barates de Can Tunis, típico ejemplo de urbanismo de control, muy alejado del centro de la ciudad, con calles rectas flanqueadas por las viviendas organizadas como los barracones de un cuartel militar y en el centro de cada conjunto una plaza con la iglesia y para ratificar su función disciplinar cada recinto rodeado por un muro. Tenía más semblanza de campo de concentración o cárcel perdida entre los cultivos y el mar al pie de Montjuïc que de conjunto de viviendas.

En estas circunstancias, los obreros se amontonaban en pisos excesivamente pequeños, frecuentemente divididos por sus propietarios de tal manera que de uno hacían dos; en muchas ocasiones una familia podía disponer de una sola habitación en un piso en el que se apiñaban unas junto a otras. La elección se reducía a esto o a tener que alquilar una barraca de las muchas que los especuladores construyeron en lo que ha sido calificado de “industrialismo barraquista” y que rodeó Barcelona desde Montjuïc hasta Poble Nou y la desembocadura del Besós, del Poblet al Guinardó, de Sant Adreu a Santa Coloma o de la Torrassa a Hospitalet... Mientras que en el Raval y la Ribera y algunas zonas del Eixample eran los terrados de los bloques de pisos los que se llenaban de barracas.

Sin embargo, esta precariedad en la vivienda daba lugar, inevitablemente, a un tipo de vida hecha en la calle que proporcionaba un constante roce entre los vecinos, lo cual les obligaba a saber los unos de los otros y, por lo tanto, a conocerse entre ellos.

Y si bien esta masificación por una parte causaba situaciones difíciles de subsistencia y mucha miseria, también propiciaría (por la misma necesidad de subsistir) la creación de fuertes redes de ayuda mutua y solidaridad ante la urgencia de solucionar necesidades primeras.

En todo este proceso de encarecimiento de la subsistencia que abocaba a los obreros a una situación de crisis y miseria permanente, donde en mayor medida se produjo una desmesurada carestía, fue en los alquileres de las viviendas que alcanzaron un incremento de entre el 100 y el 150% en el precio mensual a pagar. En 1922, un alquiler de una vivienda para obreros variaba entre 15 u 20 ptas. al mes. En 1931 el alquiler era de 50 a 60 ptas. en el Casc Antic; de 60 ptas. en la Barceloneta (donde más pisos se dividieron); de unas 70 ptas. en el Poble Sec; de entre 45 y 55 ptas. en las Cases Barates y de 30 o 35 ptas. por una barraca de 9 m² sin agua ni luz en Santa Coloma. Paralelamente a este fuerte aumento especulativo de los precios se producirían toda clase de abusos y presiones por parte de los propietarios, siendo el estado de las viviendas mayormente deplorable.

Por su parte los salarios obreros o bien permanecieron estables o incluso disminuyeron al final de la Dictadura, permaneciendo igualmente inmóviles en la Republica a pesar de los esfuerzos de algunos historiadores para señalar algunos imperceptibles aumentos. En 1931, en Barcelona, los sueldos más altos correspondían a metalúrgicos y albañiles y oscilaban entre un máximo de 10 y un mínimo de 7 ptas. por jornada; en el textil el salario de los hombres oscilaba entre las 8'50 y las 6 ptas., mientras que el de las mujeres, por la misma jornada, bajaba a entre 4 y 2'40 ptas. En este mismo año se aprecia una fuerte subida en el precio de los alimentos y un paro que en la provincia de Barcelona es casi del 12%, llegando en el sector de la construcción a un 50%.

Era pues evidente una permanente crisis de subsistencia y la consiguiente miseria entre los obreros. Esto propicio que en estos barrios obreros los vecinos se organizaran para paliarla, llevando a cabo acciones, por ejemplo, de reapropiación de comida o negándose a pagar los alquileres de las viviendas, o los gastos de luz y agua si los tenían.

En 1918, ya se tienen noticias de vecinos que se organizan para exigir una rebaja de alquileres y que dejan de pagar el alquiler como medida de presión, este mismo año la CNT organiza un sindicato de inquilinos que fija una reivindicación de un 50% en la rebaja del precio del alquiler. En 1922, este sindicato de inquilinos, con el apoyo del sindicato de la construcción de la CNT, convocó la primera huelga de alquileres en varios barrios obreros.

Pero será en el año 1930, cuando el precio de los alquileres subió abusivamente, cuando en el barrio de la Barceloneta se inició espontáneamente una huelga de alquileres que pronto se hizo masiva y que se extendió a otros barrios, a las Cases Barates, a Sans, a la Torrassa y a muchas zonas de barracas hasta llegar a Santa Coloma. La decisión de la huelga, así como todas las acciones de protesta que la

acompañaban, se decidieron entre los vecinos en un proceso asambleario de democracia directa que reforzó el aumento y expansión de la movilización.

En 1931, la llegada de la República supuso algo de ilusión para los huelguistas, pero no les llevó a desistir de su actitud. Sólo hicieron llegar al nuevo gobierno de la Generalitat su reivindicación de una rebaja del 40% en el precio de los alquileres y la exigencia de mejores servicios. La lucha se enconó y continuó extendiéndose en los barrios.

A pesar de que esta lucha había nacido en y de las calles, la CNT como organización se dio rápidamente cuenta de la magnitud e importancia de este tipo de lucha urbana contra la carestía. Así un grupo de cenetistas del sindicato de la construcción, que ya había apoyado al movimiento en sus inicios, estableció un contacto permanente con los vecinos más activos de los que habían organizado la huelga, creando en una reunión de dicho sindicato (en abril de 1931), la Comisión de Defensa Económica (CDE) cuya función sería estudiar el coste de la vida en Barcelona y su constante aumento.

La CDE, encabezada por dos miembros de la FAI, se volcó en impulsar la huelga de alquileres, dándole cobertura, publicando varios artículos en *Solidaridad Obrera*, en *El Luchador* o en *Tierra y Libertad*, e imprimiendo gran cantidad de octavillas que eran repartidas por todos barrios, en los que en este momento (y esto hay que recordarlo) la CNT gozaba de una gran fuerza y presencia, así como también era muy importante la función realizada por los Ateneos Libertarios.

El 1º de Mayo de 1931, la CNT convocó su manifestación en Barcelona con el lema “Primero de Mayo contra el paro, la inflación y por la rebaja de los alquileres”. Unas 150.000 personas llenaron el paseo del Triomf y se encaminaron hacia la Plaça de la República (S. Jaume), pero al llegar allí los primeros obreros, la policía provocó un tiroteo que se alargó durante 45 minutos con el resultado de 10 obreros heridos por un lado y por el otro 2 policías heridos y uno muerto.

La huelga de alquileres, en su punto más álgido, se alargó durante todo el año de 1931. Ante las medidas represivas, como las de desahucio, tomadas por las autoridades, los vecinos optaron por la acción directa de volver a realojar a los desahuciados en la misma o en una nueva vivienda. O bien, se impedía por la fuerza el desahucio, o se asaltaban las camionetas de los alguaciles y policías antes que llegaran al lugar que tenían destinado, etc. El papel de las mujeres en estas luchas, y en todas las que se llevaron a cabo contra la carestía de la vida, fueron de una participación fundamental y de una gran radicalidad.

En el verano de 1931 la situación en Barcelona estaba muy agitada y revuelta, a esta huelga de los alquileres se le añadirían dos duras huelgas más convocadas por la CNT, la de los estibadores del puerto y la de la Telefónica. El gobierno republicano optó decididamente por una política represiva y empezó a detener obreros masivamente, sin cargo alguno, por orden gubernativa, entre ellos también a los participantes en la huelga de alquileres. A finales de agosto estalló un motín en la

cárcel Modelo y el 2 de setiembre la CNT convocó una huelga general que duro 72 horas y que paralizó no sólo Barcelona, sino también Mataró, Granollers, Sabadell, Terrassa, Manresa y alcanzó el Berguedá. Las autoridades republicanas decretaron la Ley marcial, enviando a Barcelona a cientos de guardias civiles y dos buques de la armada atracaron en el puerto.

En este ambiente represivo y en un intento de destruir por la represión no sólo la CNT, sino las redes de solidaridad en y entre los barrios, el gobierno de la República aplicó la recientemente aprobada “Ley de Defensa de la República” que permitía la detención de cualquiera al que la policía o el juez considerasen que había llevado a cabo “un acto de rebeldía contra la República”.

Finalmente la represión y la detención sistemática de los vecinos que después de un desahucio volvían a ser realojados en pisos ocupados, así como la ilusión, que pronto se demostró ilusa, de los huelguistas por el prometido por la Generalitat “Decret de lloguers”, consiguió un receso en el movimiento de la huelga de alquileres. Lo que llevo a las autoridades y a los “prohoms” de la “Cámara de la Propiedad” a dar la huelga como *“virtualmente por terminada”*.

Y sin embargo en muchos barrios como las Cases Barates, la Torrassa, el Clot, en el mismo Raval y en las zonas de barracas, mucha gente continuó en el año 1932 y siguientes con la buena costumbre de no pagar el alquiler.

Apuntes del proceso especulativo actual (1992-2006)

Para rastrear el inicio del feroz proceso de especulación inmobiliaria español que se ha llevado a cabo en los últimos 20 años, nos hemos de remontar al inicio de la llamada Transición y a los Pactos de la Moncloa de los que formó parte la Ley del Mercado Hipotecario que sentó las bases que convertirían las hipotecas en uno de los grandes negocios de Bancos y Cajas de Ahorros; el proceso especulativo corre paralelo a la tan cacareada “caída de los tipos de interés” (caída ficticia al alargarse los términos de pago: un piso representa para un trabajador una vida de pago) y, por supuesto, a la imparable subida del precio de venta de los pisos e inmuebles, un 242% de 1996 al 2003, por lo cual el esfuerzo por la compra supone casi un 60% de la renta de una “familia” trabajadora. En segundo lugar hay que recordar al primer gobierno “socialista” y al Decreto-Boyer de las respectivas Leyes de Arrendamiento Urbano, que permitieron la reducción de los contratos, la ilimitada subida de los alquileres y agilizó los procesos de desahucio (actualmente en Barcelona se producen unos 10 desahucios diarios), propiciando el acoso al inquilino; todo ello fue rematado por los gobiernos del PP; así los pisos de alquiler que representaban un 45% en los años 70, han bajado hasta el 6% en el 2005.

Todo esto ha propiciado que a pesar de que los precios de los pisos e inmuebles sean, proporcionalmente, los que más han subido del mercado europeo, España tenga el record de Europa de pisos de propiedad, aunque una tercera parte de ellos estén vacíos. El sector inmobiliario y de la construcción en general se ha convertido, después de una serie de leyes y medidas dictadas y ejecutadas por los políticos en un “bien seguro”, un “refugio” donde invertir y lavar dinero y al que acuden todos los Rackets capitalistas (el 40% de la inversión extranjera directa se centra en el mercado inmobiliario). Cabe señalar que uno de entre los muchos grandes negocios de la “Obra” especulativa –que se hace con la connivencia de los políticos municipales–, sigue siendo la compra de terrenos susceptibles de ser urbanizables pero aún no calificados como tales; ahí se produce uno más de los cambalaches de esa transacción cuyos agentes principales son: la clase política y el Capital.

Sabemos, por lo tanto, que la especulación inmobiliaria y el enriquecimiento de unos pocos por medio de la obra financiada a través del Estado es uno más de los negocios del Capital; sin embargo en España, dada su estructural debilidad industrial, representa junto al turismo y la banca, la actividad que más beneficios reporta a los capitalistas. Y como no podía ser de otra manera Barcelona y sus alrededores son un punto importante para desarrollar esta actividad especulativa.

La anterior etapa de especulación del “barraquismo vertical” propiciada por el alcalde franquista Porcioles, queda en “pequeña estafa” al lado del “Gran Plan Estratégico de Especulación de Barcelona” iniciado bajo la coartada de las Olimpiadas de 1992 (no podemos olvidar que Maragall inició su carrera como “profesional” realizando “trabajillos” para Porcioles). Actualmente nos encontramos bajo los efectos del “II Plan Estratégico Especulativo Metropolitano de Barcelona”, mera continuación ampliada del primero y que se complementa con los diversos “Planes” de los otros municipios del área metropolitana. El Comité Ejecutivo de este “Plan” está presidido por el Ayuntamiento y de él forman parte representantes de la Cámara de Comercio, del Círculo de Economía, del Fomento del Trabajo Nacional, del Consorcio de la Zona Franca, del Puerto Autónomo, de la Feria de Muestras, de la Universidad de Barcelona, de CCOO. y de la UGT.

En Barcelona, en los últimos diez años el precio de pisos de segunda mano (los más comprados) se ha triplicado, pasando de los 1.367 euros/m² en el año 1995, a 4200 euros/m² en 2005, y es en Ciutat Vella donde más se han incrementado. En los pisos de reciente construcción se ha pasado de 1887 euros/m² a más de 5000 euros/m² en 2005, suponiendo un incremento de más del 265%. En el mismo periodo los ingresos netos salariales subieron tan sólo un 34%, eso en los sectores que se rigen por los convenios. Todos sabemos que mucho del trabajo que se ofrece no los respeta para nada. El endeudamiento medio de lo que ahora se denomina “unidad de convivencia” es más del 60%.

El alquiler de pisos en Barcelona ha pasado de un 47% en el año 1981 a un 26% en el año 2005 y esto que con el aumento de la inmigración esta actividad ha aumentado,

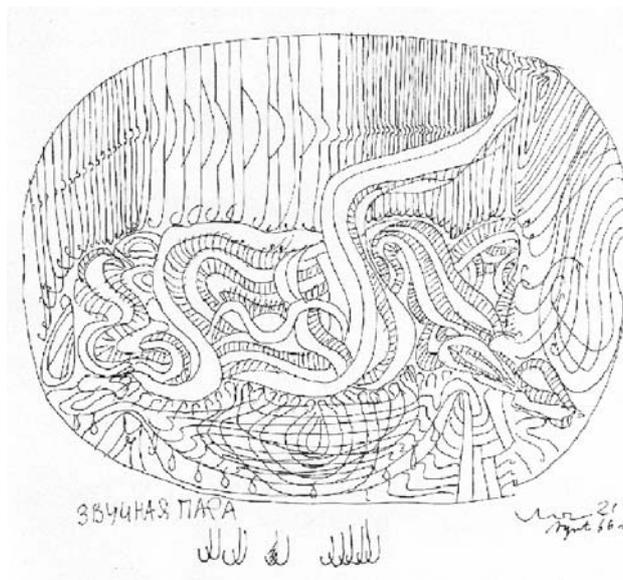
a pesar de que debido al alto precio de los alquileres se vuelve a encontrar un alto índice de masificación en los pisos alquilados. En el año 1999 el alquiler de los pisos valía una media de 335 euros, alcanzando en el 2005 la media de 700 euros. Todo ello a pesar de que el 14% de los pisos de la ciudad están desocupados.

En su vorágine de derribar para reurbanizar, el Ayuntamiento de Barcelona ha decidido demoler el tambor de la plaça de les Glories construido en 1992 y que costó hace catorce años unos cinco mil millones de pesetas. Ahora gastará más de 150 millones de euros en derribarlo (unos 2500 millones de las antiguas pesetas) y más de 600 millones de euros (más de cien mil doscientos millones de pesetas) en su nueva construcción. Las cúpulas dirigentes de las grandes empresas constructoras felicitan efusivamente al Ayuntamiento, seguro que “algo caerá” a alguien.

Sin embargo, a pesar de que la **violencia inmobiliaria y urbanística** que genera este proceso especulativo se nos muestra con toda su brutalidad ante una necesidad imprescindible, para todo el mundo, como es la vivienda, no se da un amplio movimiento de lucha y rechazo entre la mayoría que lo sufrimos. Tan sólo en el movimiento okupa y en algunos actos de protesta vecinal, encontramos rastros de resistencia.

Para saber más del ayer y del hoy:

- N. Rider, *Anarquisme i lluita popular: la vaga de lloguers de 1931*. L'Avenç nº 89. Gener 1986.
- Chris Ealham, *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto 1898-1937*. Alianza Ed. 2005.
- AA.VV. *La Barcelona Rebelde. Guía de una ciudad silenciada*. Edit. Octaedro; Barcelona 2003.
- Asamblea d'Okupes de Barcelona. *Sota les urpes de l'especulació*. Barcelona 2003.
- Unió Temporal d'Escribes, *Barcelona, Marca Registrada, un model per desarmar*. Virus Editorial.
- Taller contra la violència immobiliària i urbanística. *El cielo está enladrillado*. Bellaterra. 2006.



Correspondencia

Historia y mitología: dos caras de una misma moneda

Tanto la historia como la mitología se nutren de los mismos elementos y se basan en los mismos presupuestos, únicamente cambia, como más adelante explicaremos con más detalle, su forma de narrar los acontecimientos. Por tanto, estoy convencido que la historia no es más que la continuación de la mitología mediante otros procedimientos.

Espero que este preámbulo sirva al menos para disuadirnos de caer en el error de pensar que los sucesos son más creíbles cuando se escribe sobre personajes reales que actuaron en un momento histórico determinado, que cuando se habla de acontecimientos transmitidos oralmente y que posteriormente conformarían el corpus mitológico de los pueblos y que nos narran las hazañas de personajes que no tuvieron encarnación real, al menos en nuestro conocimiento directo, ya que a lo sumo son arquetipos contruidos con la yuxtaposición de diferentes personajes con entidad física –se supone– e idealizados.

En ambos casos –en la historia y en la mitología– se nos remite a símbolos proyectados sobre los personajes reales y en ambos casos el objetivo que se persigue es siempre el mismo: justificar la autoridad y legitimar, aunque sea *in extremis*, los desmanes del poder mediante la perversa fórmula de la razón de Estado.

Un ejemplo ilustrará perfectamente lo dicho hasta ahora. Un personaje, cuyo historicidad no está probada en absoluto –me refiero, como ya se habrá adivinado al llamado Jesús de Nazaret– ha conseguido mantener el mito de la religión cristiana durante dos mil años; por otra parte, un personaje histórico que no admite dudas –Mahoma–, ha hecho lo propio con respecto a la religión musulmana. Además, un libro de relatos mitológicos, conocido como la Biblia, ha tenido y sigue teniendo más influencia sobre la gente que todos los tratados de historia escritos hasta el momento.

Se podría argüir que la mitología se transmitía oralmente y por tanto cambiaba constantemente a tenor de las circunstancias políticas o sociales del momento; mientras que la historia nace con la escritura, la cual ya no permite variaciones sensibles, ya que queda indisolublemente fijada en el papel, además de quedar sometida al imperio de los hechos históricos que son inamovibles. Creo que este argumento es otra ilusión más provocada por el espejismo de creer que la historia relata *verdades* – luego incidiremos mas ampliamente en este aspecto de la historia– cuando la realidad nos muestra que estos hechos pueden ser modificados a placer con sólo modificar las interpretaciones que de los mismos pueden ser extraídas (esto en el caso de que

se trate de hechos incontrovertibles). Las constantes polémicas academicistas sobre la interpretación de los hechos históricos es bastante elocuente y responden, en el mejor de los casos, a consideraciones de tipo político.

Por otro lado, la historia y en menor grado la mitología, se nutren de algo esencial sin lo cual sería imposible su existencia: la multitud organizada jerárquicamente; pero al mismo tiempo, tanto la historia como la mitología la niegan, relegándola al papel de espectro fantasmal vagando eternamente entre las brumas de las orillas de la laguna Estigia; así pues, las masas proporcionan ese caldo de cultivo necesario para que los héroes mitológicos cobren el esplendor necesario para oscurecer todo lo demás y en la historia juegan el papel de comparsas que justifican las hazañas de los grandes personajes. Pero la gran paradoja de la historia es que cuando se pretende hacer que las masas cobren protagonismo histórico, la historia se deshace y se desmorona como si de un castillo de arena se tratara. Y ello no puede ser de otra manera, porque si la mitología nos ilustra sobre el inicio del proceso de domesticación del ser humano, la historia nos muestra con todo detalle la evolución de este proceso.

Quizá Agustín García Calvo hacía referencia a esta paradoja cuando negaba la posibilidad de hacer la historia del anarquismo: “Pero no, ni las ametralladoras, ni las revistas ilustradas ni la Historia pueden servir más que para lo que sirven, esto es, para lo que han sido creadas y para Aquél que las ha creado, y los fines a que se dediquen no están desde luego en las intenciones y voluntades de los anárquicos usuarios que se hagan la ilusión de utilizarlos, sino en la estructura misma de las máquinas y los esquemas ideológicos que las constituyen, y las susodichas intenciones o voluntades no serían en todo caso sino medios en manos de esas máquinas y esquemas para cumplir el servicio del Señor al que se destinan.”¹

A propósito de las multitudes, como necesario sustrato en el que se asienta la historia, un historiador de África nos proporciona una admirable demostración al afirmar que “los fenómenos sociales y políticos, las modalidades de la ‘granulación humana’, están en relación directa y constante con la densidad de la población en cuyo seno se produce.”²

Abundando más en el tema, este mismo historiador clasifica las formas de organización del continente africano en tres categorías esenciales: las *anarquías*, las *jefaturas* y las *hegemonías*. Y a continuación hace una descripción de las mismas, afirmando con respecto a la primera: “Llamamos *anarquías* (en el sentido etimológico del término) a las estructuras políticas no jerarquizadas. Estos son quizás los sistemas más sorprendentes para los europeos, entre los cuales estas formas han existido sin duda, sobre todo en la zona ibérica, pero que han desaparecido desde hace tanto

¹ “Contra la idea de hacer la historia del anarquismo”, *Historia libertaria* (Madrid), 1 (noviembre-diciembre 1978), 6.

² Bertaux, Pierre, *África*, Madrid, 1980, p. 16.

tiempo que ya ni siquiera se las concibe. Una razón más para olvidarlas es que no proporcionan al historiador ningún acontecimiento notable. Viven y nada más.”³

Pasemos ahora a analizar los objetivos de la historia; para ello eliminemos primeramente algunos de los tópicos y lugares comunes que suelen prodigarse con extraordinaria ligereza. ¿Cuántas veces habremos oído aquello de que quien no conoce la historia está obligado a repetirla? Seguramente muchas y no podemos por menos de constatar que es la mayor estupidez que nunca fue pronunciada. Más tarde nos detendremos en los hechos repetitivos de la historia y en la imaginación calenturienta de algunos para hacernos creer en el mito del eterno retorno, en la circularidad de la historia o en la más común de la historia como un continuo proceso de desarrollo del ser humano siguiendo el seguro camino del progreso.

Ya hemos apuntado al principio cuál es para nosotros la utilidad de la historia; si descartamos la búsqueda de la verdad –contando con esta cosa exista– pocas cosas quedan que puedan explicar para qué puede servirnos la historia. La opinión más extendida apunta a la idea de que la historia puede proporcionarnos elementos para conocer los más recónditos secretos del ser humano, sus pasiones, sus anhelos y las motivaciones que le impulsan a actuar de la forma que lo hace. En este aspecto soy de la opinión que las tragedias griegas o los dramas de Shakespeare, son fuentes mucho más realistas para el conocimiento de las pasiones humanas y si hacemos caso omiso del rigor histórico, las llamadas novelas históricas (obras inspiradas en mayor o menor grado en acontecimientos del pasado) son mucho más aleccionadoras y se leen con mucho mayor placer que los mamotretos editados por los señores académicos, pretendiendo además que nos creamos sus *historias*.

El afán científico que recorrió como un fantasma a lo largo y ancho del siglo XIX, por toda la geografía de Occidente, alcanzó también a las llamadas ciencias sociales y entre éstas a la historia. Por ello los positivistas idearon la fórmula para elevar a la historia a la categoría de ciencia proponiendo que el historiador se limitara a señalar los hechos históricos y a autentificarlos con los pertinentes documentos procurando no hacer de los mismos un juicio de valor para no introducir ningún factor de subjetividad en los hechos escuetos. Pronto esta fórmula se demostró falsa por cuanto ya en la propia selección de los documentos hay un factor subjetivo imposible de eliminar. Si en las ciencias físicas hubo necesidad de introducir el llamado “Principio de Incertidumbre” de Heisenberg, a mayor abundamiento este mismo principio deber ser aplicado a las llamadas ciencias sociales, por cuanto en éstas no se estudian objetos ni leyes inamovibles, sino sujetos que experimentan continuas transformaciones.

Además tengamos en cuenta que la investigación histórica es un trabajo arduo de recopilación de documentación –un filósofo afirmó que un historiador es aquel

³ Bertaux, Pierre, op. cit. p. 19.

personaje que necesita cien papeles para utilizar únicamente uno— y que por lo tanto no está al alcance del común de los mortales, de lo cual se deduce que es obra de especialistas en los cuales tenemos que depositar toda nuestra confianza para llegar a tener un conocimiento claro de nuestro pasado, cuyas posibilidades de verificación son aleatorias.

Por otro lado, la historia no puede suministrarnos ningún tipo de conocimiento, porque cualquier cosa puede extraerse de la misma. Como afirma Alba Rico, «la historia proporciona *toda clase de precedentes* a la medida de todos los discursos y de todos los gustos»⁴.

La historia es pura contingencia y los hechos son irrepetibles, por ello quienes han intentado crear a través de la historia grandes sistemas, no han hecho otra cosa que crear castillos de arena que se han desmoronado estrepitosamente. El último de estos grandes creadores de sistema Arnold J. Toynbee tuvo el acierto de extender su mirada a un campo inteligible de estudio lo suficientemente amplio (lo que este profesor denomina “civilización”) para que desaparezcan los contornos y tan sólo nos fijemos en sus aspectos esenciales (que desde luego se descubre que son comunes a todas las civilizaciones). No es este el lugar para analizar la monumental obra de este historiador, sólo apunta que en su estudio la historia queda reducida a una simple cuestión de estadística.

Tampoco voy a enfrascarme en el análisis de aquellos que han pretendido hacer de la historia la bola que nos permitiría vislumbrar el futuro, aunque sí apuntar que del azar puede surgir cualquier futuro y que en todo caso éste dependerá de la actuación del conjunto de los seres humanos coetáneos; sin embargo éste continuará siendo indiscernible con las herramientas de la historia. Un filósofo francés apuntaba hace algunos años la idea de que “los modos de expresión de los requisitos naturalistas ya no son evidentemente hoy en día, himnos a la naturaleza, pero revisten formas nuevas de la que la más insistente (y la más característica del pensamiento moderno) es sin duda el *historicismo*: es decir, esa forma muy general de creencia según la cual la extensión en el tiempo concede sentido a lo que, considerado en el instante, aparecería como puramente ficticio y azaroso”⁵.

De todos modos, si quisiéramos extraer algún resultado práctico de la labor histórica, opino que deberíamos fijar nuestra atención en la evolución de su interpretación. Esto requiere un esfuerzo menor que la propia investigación de los hechos históricos y nos documenta sobre la evolución del pensamiento político-social y las transformaciones del poder, así como el grado de domesticación alcanzado por el ser humano.

Paco Madrid

⁴ Alba Rico, S., *Las reglas del caos. Apuntes para una antropología del mercado*, Bna. 1995, p. 130.

⁵ Rosset, Clément, *La anti naturaleza*, Madrid, 1974, p. 288.

Hemos recibido...

EN EL CALDERO DE LO NEGATIVO. Jean – Marc Mandosio. Editorial Pepitas de calabaza. Logroño 2006.

En esta obra, Mandosio realiza una crítica sobre la teoría que propusieron los miembros de la Internacional Situacionista. El libro parte del supuesto interés de los situacionistas por la alquimia y como esto les influyó. En realidad fue Vaneigem el más interesado y el que más escribió y se refirió a este tema, y de él son la mayoría de las citas. Para los situacionistas la revolución representaría una transmutación del mundo que daría lugar a otro mundo radicalmente diferente. La subjetividad de cada individuo pasaría a ser el crisol o caldero en el cual se obraría dicha transmutación, pues para la IS el subjetivismo siempre fue muy importante, de hecho la revolución debe empezar por la revolución de la vida cotidiana de los individuos, desaprendiendo a sobrevivir y aprendiendo a vivir: a amar, a gozar, a jugar, a rebelarse, a hacer de la vida poesía.

También se analiza cómo la teoría elaborada por la IS se inscribe en la ideología del progreso. En un mundo liberado del Capital, según ellos, parece ser que la producción industrial podría prestarse a un uso no alienado y utilizar el “progreso industrial para satisfacer nuevas necesidades”. El proyecto situacionista debía ofrecer a la “sociedad técnica la imaginación de lo que se puede hacer con ella” y esto se convierte, según Mandosio, en su punto débil, al fundamentarse formalmente en el esquema hegeliano de la superación que la entendía como una negación “que suprime de tal modo que mantiene y conserva lo suprimido”. La negatividad de un mundo alienado que sería negado por el proletariado, aquellos cuya acción significa negarse a ellos mismos, se convertiría casi «mágicamente en positividad en un mundo liberado que podría conservar la ciencia y la técnica que el progreso continuo ha permitido acumular».

Pero hay que señalar, como lo recoge Mandosio, que en los últimos textos de la IS (*Tesis sobre la IS y su tiempo*) y en los de Debord (por ejemplo, en *Panegírico*, en *El Planeta enfermo*, o en *Los Comentarios...*), ya encontramos una clara y contundente crítica a la nocividad de la técnica y de ese progreso industrial de la sociedad capitalista que lleva implícito el signo contaminante de la alineación.

LA LUCHA POR BARCELONA – CLASE, CULTURA Y CONFLICTO, 1898-1937–. Chris Ealham, Alianza editorial. Madrid 2005.

El derrumbe de las murallas que constreñían Barcelona y la construcción de su Ensanche posibilitó a la burguesía catalana, además de una gran especulación, la posibilidad de diseñar una ciudad sobre la que creían tener todos los derechos. Sin embargo el resurgir de una ciudad industrial conllevó el aumento y la formación de

un proletariado, un mundo antagónico que buscaría a través de la revolución su propia realización. Este movimiento obrero, en esta Barcelona que va desde el final del siglo XIX hasta 1937, se organizó, básicamente, primero alrededor del anarquismo y desde la fundación de la CNT en torno al anarco-sindicalismo. Frente a la ciudad proyectada desde el poder del Capital, surge entonces la verdadera posibilidad de delinear la ciudad de los proletarios. Ambas realidades coexistirán enfrentadas hasta la derrota de esta última en los hechos del mayo de 1937.

Es esta lucha por Barcelona lo que analiza este libro. Pero sobre todo trata de explicar cómo se forma en y a partir de los 'Barrios' esta otra ciudad proletaria, cómo se delinea a partir de las luchas, de las prácticas de solidaridad y apoyo mutuo entre los obreros, frente a las duras condiciones del trabajo, el paro, la necesidad, la miseria y la represión del Estado. En estos barrios, los obreros mediante su propia práctica logran construir una verdadera cultura proletaria, totalmente al margen de la cultura burguesa y oficial que los despreciaba tanto como los temía. A través de los Ateneos Libertarios, de las Escuelas Racionalistas, de los grupos excursionistas, del naturismo..., de los sindicatos y de la lucha cotidiana, surge una nueva y auténtica identidad entre los trabajadores.

Este conflicto, que se desarrolló en Barcelona durante un ciclo tan largo de tiempo, entre estas dos realidades antagónicas y enfrentadas, se verá atravesado por una serie de crisis y modificaciones políticas en las estructuras del poder y en el Estado – descolonización, derrotas militares, Dictadura, quiebra de la monarquía–, cuyo punto álgido es el establecimiento de la República burguesa en 1931. Esta República, a pesar de las esperanzas que generó también entre los trabajadores, siguió siendo el Estado de las clases poderosas y rápidamente se mostró como un gobierno obsesionado por garantizar el orden del Estado, por lo tanto, el conflicto con los obreros no hizo más que agudizarse. También las organizaciones obreras se vieron alteradas por la política, así se producen escisiones en la CNT y el surgimiento de nuevos grupos y partidos entre la clase obrera: POUM, PCE... Pero, a pesar de todo, la lucha de los obreros y sus prácticas de solidaridad y apoyo mutuo, que constituían la base de su propia cultura, continuaron y con ellas su propia forma de entender el mundo y de creer que “el mundo nuevo que llevaban en sus corazones” era posible.

En julio de 1936, se dio la paradoja en Catalunya, que la lucha fratricida entre las facciones del capitalismo por controlar el dominio del Estado español, la solucionó la clase obrera derrotando en las calles de Barcelona a los militares, curas y fascistas sublevados, y esto originó un vacío del poder del Estado. Fue entonces, por un instante, cuando el brillo revolucionario del hacer de los obreros lo iluminó todo y muchas de sus consecuencias aún centellean. Pero la revolución que parecía entonces tan cercana, ahí se quedó en una esperanza. Las organizaciones obreras y también la CNT, autojustificadas por mil disculpas, con su apoyo y entrada en el Estado hicieron posible su recuperación y esto significaba, forzosamente, el fin de una Revolución

que casi no había empezado. La Revolución se verá tan sólo representada y simbolizada por la extensa Red que formaban la efímera Federación de Barricadas levantadas en la lucha y que continuaran en pie apoyadas por los Comités de Distrito. En los hechos de Mayo de 1937 vuelve, por unos días, la fuerza de las Barricadas, pero también es la fecha de la derrota definitiva de esta Barcelona proletaria que durante tantos años se delineó frente y limitó a la Barcelona del Capital y a su Estado.

OTRA GUERRA EN OTRO GOLFO. Antonio Pérez publicó este artículo en setiembre del 2005. Hace un análisis de los acontecimientos del huracán Katrina en el Golfo de México, oportunidad que el gobierno de los EE.UU. aprovecha para ganar su batalla interna a los desheredados, a los afroamericanos y a los marginados. Esta batalla no es la primera vez que ocurre, el ejército de los EE.UU. lo ha hecho ya en otras ocasiones.

En 1991, los EE.UU. y sus países satélites desencadenaron la que, eufemísticamente, fue llamada *Guerra del Golfo* (*Gulf War*); se referían, claro está, al Golfo Pérsico y, como todos sabemos, aquella carnicería fue la primera peripecia de esa Cruzada Bituminosa —o guerra del Petróleo— que, con otros nombres y con mudables pretextos, perdura hasta la actualidad. Pues bien, en agosto de 2005, el huracán *Katrina* ha dado al gobierno de los EE.UU. el pretexto necesario para ganar la primera batalla de lo que podemos llamar *La Otra Guerra del Otro Golfo*; por supuesto, esta vez nos referimos al Golfo de México. Mientras que la guerra de 1991-2005 (y siguientes) tiene por víctimas principales a los pueblos afganos e irakíes —supuestos enemigos externos de los EE.UU.—, en esta batalla del Golfo de México la víctima es, sin duda alguna, el *Enemigo Interno*: en otras palabras, el pueblo afroamericano —y otros pueblos que mencionaremos al final de estas páginas—.

Para ver este artículo ir a: <http://www.sindominio.net/etcetera/correspondencia>

ÉGRÉGORES OU LA VIE DES CIVILITATIONS. Pierre Mabile. (Égrégories Édition, Marseille)

“Dedico estas páginas a los revolucionarios españoles aplastados por el peso de un mundo de muerte. Primeros seres vivos de la gran Leyenda donde va a fundirse la nueva conciencia humana.”

Imposible mejor dedicatoria para abrir las páginas de un libro notable, aparecido en 1938, pero escrito en julio de 1936 cuando amanecían los primeros días de la revolución en España. Revolución que para Mabile representa el alba de una nueva civilización, ya humana, que se erige sobre la civilización occidental cristiana anterior.

Pierre Mabile nace en Reims en 1905. Médico como su padre, con 21 años es médico-clínico en los hospitales de París. Su enorme curiosidad intelectual lo lleva de la medicina hasta un vasto saber enciclopédico. En 1934 encuentra a los surrealistas, colabora en *Minotaure* y en 1937 está en el comité de redacción junto a Breton,

Éluard, Duchamp y Heine. En 1940, buscado por la policía de Vichy, embarca en Marsella para Oran, hasta que llegará a Haití, aportando su saber en la mejora del régimen sanitario, y ampliándolo con el estudio de las culturas animistas del país. Regresa a París en 1945, donde muere en 1952 trabajando en su despacho médico.

Égrégores ou la vie des civilisations se abre con unas conclusiones generales sobre la fiabilidad del conocimiento humano para entender la realidad y el conjunto de las civilizaciones. Égrégore, que Mabilie saca de la literatura esotérica, es cualquier grupo humano dotado de una personalidad distinta de la de los individuos que la componen, y las civilizaciones constituirían los égrégores más extensas y duraderas. En este extraordinario libro, Pierre Mabilie, médico-analista, atento a cualquier manifestación de lo viviente en sus fases de nacimiento, crecimiento y muerte describe la evolución de la humanidad durante los últimos veinticinco siglos. Escruta en estos siglos para trazar un gran cuadro de la civilización cristiana de la que prevé el próximo hundimiento, agrietada por un dualismo fundamental consistente en situar el paraíso fuera de la tierra pero necesitando del interés terrestre de sus súbditos, y dislocada ya en el siglo XVI con la construcción de los Estados nacionales y con la Reforma. Hundimiento que marcará el fin de un mundo inhabitable, el nuestro, y el amanecer de una nueva sociedad, de una nueva vida en fin humana.

EL CIELO ESTÁ ENLADRILLADO. Entre el mobbing y la violencia inmobiliaria y urbanística. Taller contra la violencia inmobiliaria y urbanística. Ed. Bellaterra. Bna. 2006.

El “Taller contra la violencia inmobiliaria” engloba a varios grupos y personas de Barcelona que tratan de poner en común experiencias y reflexiones que les permitan denunciar la feroz especulación inmobiliaria en el Estado español y sus consecuencias sobre la mayoría de la gente, resaltando la situación de violencia que genera. Para los miembros del Taller, el término mobbing señala una forma más de esta violencia generalizada y planificada. El término **violencia inmobiliaria y urbanística**, pretende ir más allá del llamado y practicado mobbing, quiere ser un concepto que permita comprender mejor toda la brutalidad de este fenómeno de la especulación inmobiliaria y urbanística que tanto nos afecta.

En su primera parte: “*Crítica a la selva inmobiliaria*”, se contextualizan las formas de esta violencia bajo la cobertura del marco económico, legal y político, así como las principales formas que presenta. En la segunda: “*Crónicas de la selva inmobiliaria*”, se exponen ejemplos de la violencia de esta especulación y testimonios de las formas de resistencia contra ella. Después hay un capítulo sobre el Taller, donde se reproduce la *Carta* que elaboraron contra esta violencia inmobiliaria y urbanística. Cerrándose el libro con unos apéndices, entre los que destacan: el de “*la oficina de okupación de Barcelona*” y el de “*quién es quién en el mundo inmobiliario de Barcelona*”.

APUNTE DE CLAUDIO ALBERTANI EN LA MUERTE DE VLADY

Vladimir Kibalchich Russakov nació en Petrogrado (después Leningrado, hoy, San Petersburgo), el 15 de junio de 1920, por así decirlo, en el vientre de la revolución. Tenía en sus genes el estruendo de la dinamita y el dolor de los colgados. Un lejano pariente, Nicolai Kibalchich, había sido el inventor de la bomba que el primero de marzo de 1881 mató al zar Alejandro II.

La madre, Liuba Russakov procedía de una familia anarquista emigrada a Francia y había conocido a Serge –quien recién había cumplido una condena de cinco años por el asunto de la Banda Bonnot– en el barco que llevaba a ambos a la Unión Soviética, el país de la revolución.

Recibidos con simpatías –como lo fueron entonces muchos anarquistas–, Víctor y Liuba se establecieron en el Astoria, el famoso hotel convertido en residencia de revolucionarios. Ahí nació Vlady, a quien le gustaba contar que él se había orinado en Lenin, porque el jefe bolchevique lo había cargado de bebé...

Liuba trabajaba como estenógrafa en la oficina de Zinoviev, Víctor era funcionario de la III Internacional. Una foto de principios de los años veinte, tomada probablemente en Viena, muestra a Vlady niño retratado con algunos colegas de su padre, entre los cuales se reconoce a Antonio Gramsci.

Como se sabe, el idilio de Serge con el bolchevismo oficial fue de corta duración. Vlady no cumplía ocho años cuando detuvieron a su abuelo, Alexander Russakov, de profesión sombrerero, por el delito de ser anarquista y, más grave aun, suegro de Víctor Serge quien se había pasado a la oposición.

Liberado gracias a la intervención providencial de Panaït Istrati, el viejo Russakov murió de pena a los pocos años, incapaz de sobrellevar la nueva realidad soviética. El caso Russakov le abrió los ojos a Istrati, quien, en colaboración con Víctor Serge y Boris Souvarine, escribió *Hacia la otra llama*, libro que le valió su amarga ruptura con el comunismo soviético.

Después vinieron la primera detención de Serge y las crisis sicóticas de Liuba que no podía encarar la persecución de que era objeto la familia. A estos años se remontan las visitas de Vlady al Museo Hermitage de Leningrado que se ubicaba a unas cuadras de la calle Zeliabova en donde vivía la familia. Zeliabov, dicho sea de paso, había sido el jefe del grupo que llevó a cabo el atentado de 1881, siendo ejecutado junto a Nicolai Kibalchich.

Vlady quedó profundamente impactado por el Renacimiento italiano, en particular por Giorgione y la escuela veneciana. Ahí empezó a experimentar la necesidad de pintar, como una forma de evasión o, tal vez, de terapia.

En 1933, Serge y los suyos fueron deportados a Orenburgo, pequeña ciudad al sur de los Urales, antesala política y geográfica del GULAG. Lograron salir gracias a una ruidosa campaña organizada en Francia por amigos solidarios y a la intervención providencial de Romain Rolland, directamente con Stalin.

Despojado de la ciudadanía soviética, Vlady pasó a engrosar las filas de los apátridas que vagaban de un lado a otro del planeta, en busca de una visa.

Después de unos meses en Bélgica (gracias a los buenos oficios del viejo líder socialista Émile Vandervelde), la familia llegó a París donde permaneció hasta 1940. Aquí Vlady pudo al fin cultivar su pasión por la pintura: además de pasar días enteros en el Louvre (que entonces era gratis), conoció a los surrealistas André Breton, Benjamin Peret, Victor Brauner, Wilfredo Lam y André Masson.

Aquellos fueron también años militantes. Vlady frecuentaba el local del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), el partido antiestalinista que combatía una batalla heroica en España. Con algunos amigos —entre ellos el representante del POUM en París, Narcís Molins i Fàbregas, una persona que lo estimuló a seguir pintando ejerciendo sobre él una influencia profunda y duradera— fundó un grupo marginal pero combativo, Nouveau Départ (Nuevo Comienzo), del cual hallé noticia en el Diccionario Maitron del movimiento obrero francés.

La llegada de los nazis a París puso bruscamente fin a estas actividades: Vlady no sólo era hijo de comunistas y anarquistas, sino que era también judío por parte de madre. Después de varias peripecias llegó a Marsella donde se reunió con Víctor y su nueva compañera, la futura arqueóloga Laurette Séjourné (Laura Valentini).

Mientras tanto, Liuba había sido internada en una clínica de Aix-en-Provence de la que nunca saldría y donde fue atendida por el dr. Gaston Ferdière, un siquiatra amigo de los surrealistas que curó también al poeta Antonin Artaud. Ahí se quedaría más de cuarenta años, sumida en los abismos de la locura y el sufrimiento, hasta su muerte en 1984.

Recordemos el destino trágico de la familia Russakov: Alexander, muerto (décadas después, Vlady pintaría en su memoria un cuadro estupendo, *El abuelo anarquista*), su esposa, Olga, desaparecida en un GULAG junto a dos de sus hijos, Esther y Joseph; mientras que otros dos, Anita y Paul-Marcel, estuvieron reclusos dos décadas.

Para Vlady siguieron meses de gran angustia en aquel año de 1940 ya que salir de la Francia de Vichy resultaba casi imposible. Junto al padre y a otros prófugos, pasó un tiempo en la villa Air-Bel (que Serge rebautizó château espère-visa), no lejos de Marsella, último refugio de intelectuales y artistas que corrían el riesgo de ser extraditados a Alemania.

El 24 de marzo de 1941, Vlady y Víctor lograron al fin embarcarse en el buque Captain Paul-Lemerle, un viejo mercante que disponía de ocho camarotes, pero transportaba a 200 refugiados en condiciones que otro pasajero ilustre, el entonces desconocido antropólogo Claude Lévi-Strauss, describió magistralmente en *Tristes Trópicos*. Iban a la Martinica, colonia francesa del Caribe para la que no se necesitaba visa. Después de largas tribulaciones y algunas semanas en un campo de concentración, el 5 de septiembre de 1941, padre e hijo aterrizaron al fin a la Ciudad de México, vía Ciudad Trujillo (Santo Domingo), La Habana y Mérida. Laurette llegaría

algunos meses después, junto a Jeannine, la hermanita nacida en Rusia, poco antes de la salida.

Empezaba así una nueva y más fecunda etapa de la vida de Vlady. Junto al catalán Bartolí, fue el principal ilustrador de la revista *Mundo* (1943-1945), órgano del movimiento Socialismo y Libertad, un grupo integrado por refugiados europeos cercanos al POUM que buscaba unificar las diferentes corrientes antiestalinistas del movimiento obrero.

Al mismo tiempo, gracias también al apoyo inquebrantable de la mujer con quien pronto se casó, Isabel Díaz Fabela, pudo dedicarse a su gran pasión: la pintura. Muy importante fue conocer a los muralistas y particularmente a Diego Rivera de quien admiró inmediatamente la técnica del fresco.

El círculo se cerraba: Vlady, quien había desarrollado su sensibilidad artística estudiando el Renacimiento italiano, la afinaba ahora gracias a su encuentro con México.

Hay que señalar, sin embargo, que la pintura de Vlady se halla muy lejos del mensaje didáctico y declarativo del muralismo mexicano. Conservador en las formas (consideraba decadente casi toda la pintura moderna después de Delacroix), Vlady fue subversivo en los contenidos, aunque también “en la luminosidad y embriaguez de los colores”, como atinadamente señala su amigo Tomás Parra.

Darse a conocer no le fue nada fácil: no era mexicano, su pintura era un grito contra la ortodoxia nacional-popular en boga, y además pertenecía a la tradición antiestalinista, algo que los críticos, muchos de los cuales eran cercanos al PC, no le perdonaban. Incluso en tiempos más recientes, Vlady nunca fue muy presente en la crítica de arte. Octavio Paz escribió mucho sobre pintura, pero no le dedicó una sola línea; tampoco Luis Cardoza y Aragón, posiblemente el mayor especialista en materia.

Gran grabador, espléndido retratista, magnífico pintor de caballete, la obra principal de Vlady es *La revolución y los elementos*, mural de unos 2.000 metros² que pintó entre 1973 y 1982, en parte en fresco y en parte en óleo sobre tela con la técnica de la escuela veneciana.

Lo dedicó a la probidad intelectual de Víctor Serge y a las penas de Liuba. Y es aquí donde, como en una suerte de suma teológica, encontramos todos sus temas: las grandes revoluciones sociales, ciertamente; pero también el erotismo, el deseo, el sueño, la noosfera, la libertad y la crítica de todos los poderes.

Hasta siempre Vlady. Y gracias.





ETCETERA
Apartado 1363
08080 Barcelona

